9034

Princesa encantada

LA PRINCESA ENCANTADA.

LA PRINCESA ENCANTADA.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/laprincesaencant562vega

LA

PRINCESA ENCANTADA.

COMEDIA DE MAGIA DE GRAN ESPECTACULO

EN CUATRO ACTOS, UN PRÓLOGO Y DIEZ Y SEIS CUADROS,

EN PROSA Y VERSO.

OBRA PÓSTUMA DE

D. VENTURA DE LA VEGA.

MADRID:
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMP.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1875.

PERSONAJES.

MELON I.
GALINDO.
EL PRÍNCIPE RICARDO.
PETRUCHI.
EL HOMBRE-FIERA.
EL REY CAMPANUDO.
BRIBON.
BRAMBILA.
LA ABUELA.
EL CORREO.
LA PRINCESA DESEADA.
AZUCENA.
LA AFRICANA.
LA REINA AMARILLA.
LA NINFA DE LA FUENTE.
LA NINFA A.
LA NINFA B.
LA NINFA C.
LA NINFA D.
LA GOTA.
EL JUEGO.
LA AMBICION.
LA VOLUPTUOSIDAD.

Genios, caballeros, escuderos, pajes, damas, guerreros, fieras, demonios, esclavos, pueblo, legumbres, etc.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

El Rey Campanudo.

El teatro representa un inmenso terrazo del palacio del Rey Campanudo.—En los cuatro ángulos del escenario hay cuatro grandes arcos que sostienen cada uno una campana con su correspondiente yugo para poder voltearse.—Sobre la balaustrada del foro debe haber multitud de arcos más pequeños con sus campanitas, que tambien voltean.—A la izquierda el palacio del Rey.—Ventanas, balcones, azoteas, todo lleno de campanas.—El Rey es una gran campana de oro ó plata. De medio cuerpo arriba va vestido caprichosamente. De la cintura á los piés es la campana; es decir, una especie de miriñaque. Lleva en la mano un mazo de oro con el cual da campanadas pegándose golpes á sí mismo.—Todos los personajes de este cuadro llevan pequeñas campanas ó campanillas.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, PETRUCHI, GUARDIAS, PUEBLO.

Al levantarse el telon se ve á los oficiales de palacio distribuir dinero que los pajes llevan en grandes bandejas de oro.—Gran baile de pueblo, esclavos, esclavas y soldados. Todas las campanas voltean. El Rey acompaña la música dándose campanadas.

REY. Muy bien, mis amados vasallos, muy bien; os doy gracias. La madre y la recien nacida siguen sin novedad. Ya podeis decir que la raza de los Campanudos no se extinguirá. Vosotros tendréis una reina y yo una heredera. Pueblo, entrégate á la ale-

677603

gría y al placer : quiero que durante tres meses no se oigan en mi reino sino cantos de felicidad. Quiero que estén incesantemente guarnecidas y colgadas todas las calles y plazas. Yo os eximo de todo trabajo, de todo feudo, y suprimo los impuestos.....

Todos. ¡Viva el Rey!

Rey. Para aumentarlos en seguida si es necesario. ¡Oh, y es probable que sea necesario! Reid, cantad, bailad, bebed..... y marchaos en seguida.

(*Todos desaparecen.*)

ESCENA II.

El Rey, Petruchi.

Rey. Y bien, Petruchi, ¿qué dices tú? ¡Ya soy padre! Despues de veinte y cinco años de matrimonio, parecia imposible, ¿es verdad?

Petruchi. Señor, vos sois capaz de todo.

Rey. La Reina estaba desesperada de no tener un heredero.

Petruchi. Y, *crac*, vos le encajais una heredera.

Rey. A falta de varon esto es lo mejor que puedo ofrecerla. ¡Ah! yo hubiera preferido un vástago macho : esperaba que la prediccion de la Ninfa de la Fuente no se cumpliria.

Petruchi. Ciertamente, debeis estarle agradecido; ella es quien se ha compadecido de la Reina.

Rey. En efecto, un dia que se paseaba desolada por la orilla de un riachuelo, que sus lágrimas iban á convertir en torrente..... vió que se le acercaba...

Petruchi. ¡Maldicion! (*Dando un grito.*)

Rey. ¿Qué es lo que tienes?

Petruchi. ¡Maldicion! (*Sacando una gran lista que examina.*)

Rey. ¿Quereis acabar, Senescal?

PETRUCHI. No, no, no está : mirad.

REY. ¿Quién?

PETRUCHI. Ella.

REY. Pero ¿quién es ella?

PETRUCHI. La Ninfa.

REY. ¿Qué Ninfa?

PETRUCHI. La de la Fuente. Habeis enviado cartas de convite á todas las Ninfas de los alrededores, las habeis invitado á asistir al nacimiento de la Princesa y os habeis olvidado de ella.

REY. ¡Caspita! es exacto, no está. (*Examinando la lista.*) El caso es grave..... Me olvidé enteramente.

PETRUCHI. ¿Y si enviárais un paje, dos pajes, tres pajes?

REY. ¡Infeliz! Es demasiado tarde. Las otras Ninfas van á llegar.

PETRUCHI. Esto es una grosería que le habeis hecho.

REY. Tienes razon, una grosería. Pero ahora que me acuerdo : la Reina mi esposa me ha contado que la Ninfa en cuestion era un enorme cangrejo.

PETRUCHI. Es verdad, me acuerdo tambien.

REY. Pues entónces, ya ves, yo no podia invitar á un cangrejo á que viniese á comer con nosotros. Es verdad que es mi protectora, lo reconozco, pero por consideracion á los demas convidados..... yo no debia invitarla.

PETRUCHI. ¿Y quién os asegura que no hubiese venido?

REY. Si por casualidad se formaliza, le diré que la carta de convite se ha extraviado, y que la culpa es tuya.

PETRUCHI. ¡Ah, señor, no hagais tal, yo os lo suplico, no hagais tal! No me indispongais con una Ninfa. Algunos desgraciados conozco yo que de resultas de haberse malquistado con esas señoras, han

visto los más hermosos dias de su existencia acibarados por infortunios espantosos.

Rey. Nada, nada, no cambio de resolucion. Ademas, ¿eres tú, si ó no, mi más humilde súbdito?

Petruchi. El más respetuoso de todos. (*Inclinándose.*)

Rey. Justo es, pues, que sufras humillaciones por mí. Eres, ademas, gran Senescal, ministro responsable de todos mis desaciertos. Si yo he cometido esta falta, tuya es la culpa, tú debias haberme avisado, en una palabra, tú debes tener memoria por mí.

Petruchi. Pero, gran Rey.....

Rey. Basta, Senescal, callad. Ya es tiempo de pensar en el banquete. (*Toca la campana y salen los pajes.*) Que se prepare la mesa del festin, que me traigan mi telescopio. Quiero ver llegar mis ilustres convidados. Vamos..... no perdais tiempo. (*A los pajes.*)

(*Toca la campana. Miéntras que se prepara la mesa, el Rey y Petruchi en el fondo: el Rey mira en todas direcciones con su telescopio. Petruchi, que tambien tiene un largo anteojo, estará mirando al cielo.*)

Los dos. ¡Ah!

Rey. ¡Petruchi!

Petruchi. ¡Majestad!

Rey. Yo veo una.

Petruchi. Yo veo dos.

Rey. Yo veo todavía otra. Ya son cuatro. Es preciso mostrar decoro, respeto y entusiasmo.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—LA NINFA A, LA NINFA B, LA NINFA C, LA NINFA D.

(*La una sale sobre un pequeño carro de ébano, tirado por dos palomos blancos. La otra sobre otro de marfil, tirado por dos cuervos. La tercera sobre una nube. La cuarta sobre un pájaro. Música dulce.*)

NINFA A. Levántate. La Ninfa A te lo permite. (*Al Rey.*)

REY. ¿La Ninfa A, la adorable Ninfa que presidió mi nacimiento? (*Se levanta.*)

NINFA A. La misma.

REY. Sin lisonja (*Examinándola*), os conservais mejor que yo.

NINFA A. Tengo el dón de la juventud. (*Sonriéndose.*)

REY. ¡Ah! sí..... al paso que yo.....

NINFA A. Tú me has preferido para ser madrina de tu hija. Te agradezco la atencion.

REY. Vos me confundís.

NINFA A. Mis compañeras, movidas por mis ruegos, han querido acceder á tus deseos. La Ninfa B. (*Indicándosela al Rey.*)

REY. ¡Señora! (*Inclinándose y todos los personajes de la córte.*)

NINFA B. Buenos dias.

NINFA A. La Ninfa C.

REY. ¡Señora! (*Saludando.*)

NINFA C. Buenos dias.

NINFA A. La Ninfa D.

REY. ¡Señora! (*Saludando.*)

NINFA D. Buenos dias.

PETRUCHI. A, B, C, D. ¡Qué alfabeto tan hermoso! me lo aprenderia de memoria.

NINFA A. Cada una de nosotras quiere conceder un dón á tu hija. Haz que traigan su cuna.

REY. Al instante, magnánima (*Haciendo una seña á Petruchi*) y generosa Ninfa, al instante. Cada una un dón y son cuatro. ¡Dichosa hija! ¡Dichoso padre! (*Toca la campana.*)

(*Dos nodrizas, ricamente vestidas, sacan la cuna de la niña y la ponen en medio del teatro.*)

REY. Poderosas Ninfas, aquí está mi querida hija; ya no se trata más que de.....

NINFA A. Silencio.

REY. Sí, gran Ninfa. (*Inclinándose.*)

(*Las cuatro ninfas extienden sus varas sobre la cuna, dando vueltas á su alrededor. Sigue la música.*)

NINFA A. Por el poder de mi varita (*Acercándose*) quiero que la virtud y la castidad, obedeciendo mi voz, bajen á tu cuna. Niña, este es mi dón. (*Extiende su varita.*)

NINFA B Sin que jamas te sirva (*Acercándose y haciendo el mismo juego*) de arma funesta, recibe de mí el talento supremo.

NINFA C. Niña, yo te concedo el dón de la hermosura. (*Idem.*)

NINFA D. Para aumentar este dón celeste, yo te concedo la bondad. (*Idem.*)

(*Vuelven á hacer el mismo juego de dar las cuatro vueltas alrededor de la cuna.*)

REY. ¡Oh porvenir lleno de encantos, mis ojos se llenan de lágrimas. ¿Y tú, Petruchi, no lloras?

PETRUCHI. Majestad, no tengo mucha gana, pero si tú te empeñas..... (*Con emocion.*)

Ninfa A. Es preciso entre tanto ponerle un nombre.

Rey. Teneis razon, no habia pensado en ello. Le falta un nombre, es de absoluta necesidad. Á ver, Petruchi, busca un nombre hermoso.

Petruchi. Si la llamáramos Campanilla..... (*Reflexionando.*)

Rey. ¡Qué disparate!

Petruchi. O bien Cimbanillo.....

Rey. Cimbanillo; ¡qué nombre tan feo.....!

Ninfa A. Durante veinticinco años habeis hecho votos por su nacimiento..... Ella se llamará Deseada.

Rey. ¡Bravo! No hay como una (*Con entusiasmo*) Ninfa para encontrar nombres á propósito. Ella ha sido deseada durante veinticinco años, ella se llamará así. Pero en medio de tantos dones como me concedeis, ilustres Ninfas, todavía ambiciono un favor. Os he hecho preparar manjares exquisitos..... tengo unos vinos excelentes..... y si os dignais aceptar los unos y probar los otros.....

Ninfa A. De buena gana. Hermanas, vamos á la mesa.

Rey. ¿Aceptais? ¡qué honor! Quiero que mi hija asista á este convite. Es todavía muy niña para apreciar la gloria que va á rodear su cuna. No importa; nodrizas, si la niña llora, vosotras daréis de..... comer á vuestra Reina. Vosotros, pajes, servid la mesa.

Baile.

(*Durante el baile toman asiento á la mesa. De repente es interrumpido por una fuerte detonacion: los manjares de la mesa desaparecen, y de en medio de un gran vaso de flores aparece la Ninfa de la Fuente.*)

ESCENA IV.

DICHOS.—LA NINFÁ DE LA FUENTE.

REY. ¿Quién se atreve á presentarse así?

NINFA F. ¡Yo! La Ninfa de la Fuente, la Ninfa Furiosa. Yo, Rey ingrato, que has olvidado los favores que te he prodigado.

REY. La Ninfa de la Fuente..... ¡Ah! señora, perdon.

NINFA F. ¿Á quién debes esta niña, la dicha de tu esposa? Á mí: mi poder te ha hecho padre..... y soy la sola, la única que no ha sido convidada al festin de su nacimiento.

REY. Señora, permitid que me explique. Petruchi, mi gran Senescal, tiene la culpa de todo.

PETRUCHI. ¡Yo!

NINFA F. Basta. Maldicion sobre tí, maldicion sobre él, maldicion sobre esta niña, causa de la afrenta que recibo.

TODOS. ¡Perdon! ¡Perdon!

NINFA A. Hermana, tened piedad de esta pobre criatura, inocente de la falta de su padre.

LAS TRES NINFAS. ¡Piedad!

NINFA F. Ya que vosotras intercedeis por ella, yo mitigaré mi venganza. No puedo privarla de los dones que vosotras la habeis concedido..... pero tened bien presentes estas palabras: «Desgraciada de ella si ve la luz del sol ántes de que cumpla la edad de diez y siete años. Desgraciada, desgraciada.»

(*Despues de pronunciadas estas palabras proféticas, la Ninfa desaparece con la mesa, en medio de un torbellino de llamas.*)

ESCENA V.

DICHOS *ménos la* NINFA DE LA FUENTE.

REY. ¡Oh desesperacion! ¿qué hacer? ¿qué pensar? ¡Pobre hija mia!

PETRUCHI. ¡No ver la luz del dia ántes de que cumpla la edad de diez y siete años!

REY. Queridas Ninfas, por piedad, salvadme, salvad á vuestra ahijada.

NINFA A. Infeliz, nosotras no podemos nada contra nuestra hermana; es más poderosa que nosotras. No somos más que Ninfas de media varita, miéntras que ella es Ninfa de primera clase.

REY. ¡Qué desgracia que vosotras no seais más que de media varita! Pero á lo ménos aconsejadme. Es preciso trasportar á la princesa real á un subterráneo.

NINFA A. Hé aquí nuestro consejo. Es preciso construir un palacio sin puertas ni ventanas.

REY. ¿Lo creeis así? Pero si no hay puerta alguna, no se cómo harémos para entrar en él.

NINFA A. Se penetrará por una entrada subterránea..... y en este lugar la tendréis y educaréis hasta la edad exigida por la Ninfa de la Fuente.

REY. ¡Oh! ¡Bien, muy bien! ¡Es una idea sublime! Pronto, mis arquitectos, mis albañiles.

NINFA A. ¡Espera! Esto corre de nuestra cuenta.

(*Las Ninfas extienden sus varitas. En seguida aparecen una multitud de pequeños genios alados. Unos arquitectos, otros pintores, carpinteros, albañiles, picapedreros, etc., etc. Se ponen á trabajar, y bien pronto un hermoso palacio se eleva en medio del Teatro*).

Baile.

Cae el telon.

ACTO PRIMERO.

CUADRO II.

El Imperio amarillo.

Un palacio amarillo que da sobre jardines y adornado con macetas de juncos y de calendulas: á la izquierda un retrato cubierto con una cortina de seda amarilla. Todos los personajes que componen la córte de la Reina Amarilla están vestidos de amarillo de piés á cabeza.

ESCENA PRIMERA.

La Reina Amarilla, Galindo. *Damas de la córte les preceden, otras les siguen. Salen por el fondo discurriendo.*

Reina. Esta historia me interesa, Galindo. Y decís que hace diez y seis años que la pobre princesa está encerrada en la torre oscura?

Galindo. Sí, Reina, diez y seis años han trascurrido, y durante tan largo espacio de tiempo esta desdichada jóven no ha visto una sola vez la luz del sol. Por eso la llaman la Princesa de las Tinieblas.

Reina. ¿La Princesa de las Tinieblas? pero ¿no hemos recibido su retrato hace algunos meses?

Galindo. Esta es una idea del rey Campanudo, su augusto padre. Una hija educada en una torre oscura, y encerrada, por decirlo así, en una caja, no es fácil que encuentre marido. El Rey de la Isla de las

Campanas ha imaginado hacer sacar tres mil retratos más ó ménos parecidos, y poner de este modo á la princesa en circulacion en las córtes extranjeras.

Reina. Esta diplomacia no es mala, pero para nosotros inútil. La mano de mi hijo el Príncipe Ricardo está prometida á la negra Princesa Africana, y la Reina Amarilla no tiene más que una palabra. A propósito de mi hijo, ¿podeis darme noticias suyas?

Galindo. Reina, el heredero presunto del imperio sigue todavía en el mismo estado.

Reina. Siempre la misma melancolía.

Galindo. ¡Infeliz! ¡Sí! No ve más que mariposas amarillas. Nada puede distraerlo; cuando le hablo parece que se enoja.

Reina. ¿Y cuando no le hablais?

Galindo. Parece que no oye nada.

Reina. Esto es bien triste para un jóven príncipe, y en el momento en que la negra Princesa me anuncia que ella misma viene á buscar á su esposo.

Galindo. Dicen que esta negra Princesa es iracunda y muy vengativa; tiene á sus órdenes un ejército de negros muy numeroso.

Reina. Galindo, es preciso saber qué es lo que tiene mi ilustre heredero. Habia ordenado á mis médicos que se reuniesen para tener una consulta.

Galindo. Vuestras órdenes han sido ejecutadas, gran Reina.

Reina. Y bien, ¿qué dicen, cuál es su opinion?

Galindo. Todos opinan que es un enfriamiento.

Reina. ¿Un enfriamiento?

Galindo. Sí, gran Reina.

Reina. ¿Y qué le han prescrito? ¿Qué régimen? ¿Qué tratamiento?

Galindo. Ninguno: le dicen que coma y que se pasee.

REINA. ¿Y si no tiene gana de comer?

GALINDO. No importa; que coma.

REINA. ¿Y si no tiene gana de pasearse?

GALINDO. No importa; que se pasee.

REINA. Pero entónces es que no saben lo que tiene.

GALINDO. ¡Oh! Pues si lo supieran estariamos al cabo de la calle.

REINA. ¡Malhayan los médicos! ¡Malhayan sus recetas! Galindo, yo quiero ver á mi hijo, quiero hablarle. Esta es la hora en que acostumbra á pasear. Apelemos á la diplomacia, escondámonos, espiemos sus acciones, sus gestos; puede ser que descubramos nosotros mejor que ellos la causa de esa tristeza que le oprime.

GALINDO. Precisamente el heredero real sale de su aposento.

REINA. Venid, retirémonos y observemos. (*Desaparece por el fondo.*)

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE RICARDO.

¡Ya estoy solo! ¡Ya puedo dar rienda suelta á mis suspiros, á mis lágrimas de amor! ¡Princesa del alma mia, cuánto te amo! ¡Qué sueños de felicidad invaden mi fantasía! ¡Allí está su retrato: voy á verla, á hablarla, á decirla que no puedo vivir sin ella!.... ¡Sí; nadie me observa! ¡Estoy solo! ¡Vamos!....

(*Descorre la cortina y se ve el retrato de la Princesa.*)

¡Angel de mi corazon, hermosa criatura, no me mires así! ¡Parece que te enojas conmigo! ¡Ah! ¡Por piedad, por piedad, depon tu adusto ceño!

Si el mirarme tal vez te causa enojos,
Princesa, no me mires en tu vida;
Yo sabré, sin que nadie me lo impida,
Mirarme en los cristales de tus ojos.
Brote una frase de tus labios rojos
Que de mi corazon rasgue la herida;
Mátame de una vez, que preferida
Es para mí la muerte á tus antojos.
Mas no exijas de mí con alma inerte
Que yo mi vista de la tuya aparte,
Que eso fuera agravar mi triste suerte.
Déjame enamorado contemplarte;
Que imposible es mirarte sin quererte,
Y mucho más quererte y no mirarte.
¡Cielos! ¡Mi madre! (*Cubre el retrato.*)

ESCENA III.

El Príncipe.—La Reina. Galindo.

Reina. Es inútil que escondas ese retrato, hijo mio; todo lo he oido, todo lo sé.

Príncipe. ¿Todo?

Reina. Todo.

Príncipe. Entónces, madre mia, no quiero ocultaros nada.

Reina. ¿Con que era ésta la causa de tu melancolía? ¡Un príncipe de tu rango enamorarse de un retrato!

Príncipe. ¡No! ¡De un retrato no! ¡De ella! ¡De ella!

Reina. Pero, desdichado, ¡si tú no la conoces! ¿Y si no estuviera parecida? ¿Y si el original no correspondiera al trabajo del artista? ¿No sabes que es pintar como querer?

Príncipe. Madre mia, yo presiento su belleza.

Reina. ¿Cómo?

PRÍNC. ¿Veis al ciego cuando siente
Al entrar la primavera
Blando calor en la esfera
Y perfumado el ambiente,
Como lucha allá en su mente
Que en noche sumida fué,
Hasta que con viva fe
Se forja entre mil primores
Idea de aquellas flores
Y de aquel sol que no ve?
Así yo que nunca vi
El rostro de la Princesa,
Y oigo decir que embelesa
La hermosura que hay en sí,
Mezclando, por lo que oí,
Tintas de hermoso arrebol,
De mi mente en el crisol
A forjarme de ella llego
Una idea..... como el ciego
De las flores y del sol.

REINA. ¡Oh poder de la fantasía! ¿Y qué piensas hacer?

PRÍNCIPE. ¡Buscarla por todo el mundo, ser su esposo ó morir!

REINA. ¡Infeliz! ¿No sabes que la razon de Estado exige que te cases con la Princesa negra?

PRÍNCIPE. La razon de Estado no tiene razon. ¡Comparad el rostro de mi amada con el de vuestra negra protegida!

REINA. Hijo mio, he dado mi real palabra y debo cumplirla. La Africana será tu esposa.

PRÍNCIPE. ¡Nunca!

REINA. ¿Nunca?

PRÍNCIPE. ¡No!

REINA. Príncipe: ¿olvidais que soy vuestra madre y que me llaman reina?

Príncipe. Pues bien, madre mia; si mis ruegos no os conmueven, esta misma noche salgo de palacio, abandono el imperio amarillo que gobernais, renuncio á la córte, á las grandezas, á la corona, y como un miserable aventurero me voy en pos de la mujer que idolatro. Si muero de fatiga, de amor ó de hambre, ¡vos, vos sola seréis la causa de mi muerte!

Reina. Pero si cedo á tus deseos, hijo cruel, ¿qué le digo á la Africana?

Príncipe. La verdad, madre mia; que cuando le prometísteis mi mano, mi corazon era ya de otra.

Reina. ¿Y si enfurecida reune su ejército y viene contra nosotros?

Galindo. ¡Demonio! ¡Eso no tendria maldita la gracia!

Príncipe. Entónces, madre mia, cubriré mi cabeza con un casco, montaré mi brioso corcel, y blandiendo mi férrea lanza de caballero derrotaré las huestes africanas; sí, ¡porque todo, todo lo vence el amor!

Galindo. ¡Sí, ó la pata de cabra!.... Pero nos van á pegar un meneo.

Reina. Pues bien, cual tierna madre cedo á vuestras súplicas amorosas, pero ¡ay! quiera el cielo sacarnos con bien de esta arriesgada empresa.

Príncipe. ¡Oh placer!

Reina. Galindo; marcharéis inmediatamente á la córte del Rey de las Campanas con un rico cortejo y magníficos presentes. Pediréis á este monarca la mano de la real Princesa para mi real heredero. Si el mensaje es aceptado, decidle al Rey que nuestro deseo es que las fiestas se celebren en esta córte, y que si mi hijo no va en persona al país de las Campanas, es porque nos amenaza una guerra extranjera y necesitamos el apoyo de su brazo.

Galindo. Reina, contad con la elocuencia de vues-

tro embajador. Voy á prepararlo todo para la marcha.

PRÍNCIPE. Sí, Galindo; llévate tres camellos cargados de ricos presentes; que tu acompañamiento sea digno de mí y de la gran Reina Amarilla.

REINA. Dos mil pajes á caballo formarán vuestra comitiva.

PRÍNCIPE. Te llevarás tambien ochenta carrozas cuajadas de oro y de diamantes. Sé diligente: si cumples bien tu delicada mision te nombro gobernador de la Carolina ó de las Marianas.....

GALINDO. O de las Pepas, ó de las Juanas, ó de las Franciscas..... es igual. ¡Oh Príncipe! ¡Me haceis entrever un nuevo porvenir! Irémos á escape y reventarémos los caballos si es preciso.

REINA. No olvideis llevaros el retrato de mi hijo.

PRÍNCIPE. Y sobre todo mis tres camellos.

ESCENA IV.

LA REINA. EL PRÍNCIPE, *luégo* UN PAJE.

PRÍNCIPE. ¡Dios haga que vuelva con una respuesta favorable!

REINA. Y que la Africana ignore el paso que vamos á dar.

PRÍNCIPE. Su reino está muy lejano y tenemos tiempo para prepararla á nuestra repulsa. Desechad todo temor.

EL PAJE. Gran Reina: la Princesa Negra, con una numerosa comitiva, acaba de entrar en el palacio.

REINA. ¡Gran Dios!

PRÍNCIPE. ¡La Princesa!

PAJE. Pide ser presentada al instante.

REINA. ¡Al instante!

PRÍNCIPE. Decidla que estamos en consejo.

REINA. ¡No! ¡No! ¡Imposible! ¡Es preciso recibirla! Decid á la Princesa que la esperamos con la mayor impaciencia. (*El paje se retira.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué habeis hecho?

REINA. ¡Príncipe! ¡Hijo mio! ¡Si amais á vuestra madre impedid la partida de nuestro embajador! Renunciad á vuestros amores.

PRÍNCIPE. ¡Jamas!

REINA. ¡Compadécete de tu pobre madre!

PRÍNCIPE. Sé lo que os debo, madre mia; comprendo todo lo que habeis hecho por mí; ¿quereis mi vida? Tomadla, pero mi corazon no me pertenece.

REINA. Pues bien; ya que mis ruegos son inútiles, sólo te pido una gracia; recibe á la Africana como si debiera ser tu esposa: espera una ocasion, un pretexto cualquiera para romper sin escándalo el proyectado enlace; ¿me lo prometes?

PRÍNCIPE. Duro es el fingimiento..... pero quedaréis satisfecha.

REINA. ¡Respiro! Sé galante con ella.

PRÍNCIPE. ¡Ah!....

REINA. Aquí viene; ¡prudencia, por Dios!

ESCENA V.

LA REINA. EL PRÍNCIPE. LA AFRICANA. BRIBON. NEGROS. NEGRAS. ACOMPAÑAMIENTO *de* LA REINA *y de* LA AFRICANA.

Esta aparece en un palanquin.—Negritos enanos de ambos sexos ofrecen al Príncipe ricos presentes.—Bribon en traje de nigromántico.

Marcha triunfal.

REINA. Bienvenida sea la Princesa Africana.

AFRICANA. Salud á la Reina Amarilla.

REINA. (¡Debo estar verde!)

AFRICANA. (*Saludando.*) ¡Príncipe!.... (¡Qué hermoso es!)

PRÍNCIPE. (*Idem.*) ¡Princesa!..... (¡Qué horrible cara!)

REINA. Mi hijo hablaba en este momento de vos con un entusiasmo..... Se hallaba tan impaciente..... tan deseoso de admirar vuestros encantos.....

AFRICANA. ¡Ah Ricardo! Yo tambien me hallaba impaciente. Desde que nuestra union fué concertada, sólo he soñado con el dia venturoso de llamarme vuestra. ¿A qué negarlo? Os amo como saben amar las hijas del desierto. Y de la misma manera que os amo, con la misma violencia que exhalo de lo profundo de mi pecho ardientes suspiros dirigidos á vos, así os aborreceria si por un solo momento llegára á imaginar que me engañabais.

PRÍNCIPE. (¡Gran Dios!)

REINA. (¡Yo tiemblo!)

AFRICANA. Pero no; vos correspondeis á mi pasion; ¿no es cierto, príncipe Ricardo?

REINA. (*A Ricardo.*) ¡No me pierdas!

PRÍNCIPE. Yo..... señora..... ¡podeis dudar un momento!....

REINA. Os repito, Princesa, que mi hijo sueña hace tiempo con la dicha de ser vuestro esposo.

AFRICANA. (*A Bribon.*) ¿Hablan con sinceridad?

BRIBON. (*A la Africana.*) Haz lo que te he dicho.

AFRICANA. Quiero presentaros mi fiel consejero, mi amigo, el que lo es todo para mí. El astrólogo Bribon, á cuya vista penetrante nada se oculta.

REINA. (Si descubrirá.....)

PRÍNCIPE. (Este hombre me causa espanto.)

BRIBON. (*A la Africana.*) Ofréceles esos ramilletes. Ya sabes que sus flores dicen siempre la verdad. Así nos convencerémos.

AFRICANA. Dignaos, en señal de alianza, aceptar estas flores cogidas por mí misma en las orillas africanas. Es una costumbre de mi país natal. Son para vos, señora, una muestra de filial ternura. Para vos, Ricardo, el presente de la esposa.

(*Les presenta dos ramilletes, que ellos toman y huelen.*)

REINA. ¡Preciosas flores!

PRÍNCIPE. ¡Suavísimo aroma!....

REINA. ¿Y por qué tomaros el trabajo de traerlas desde tan léjos?

PRÍNCIPE. Es cierto; para nada sirven.

REINA. Nos hubierais evitado el disgusto de contaros la verdad.

PRÍNCIPE. Y es, que yo amo á la Princesa Deseada y que no puedo ser vuestro esposo.

AFRICANA. (*Dando un grito.*) ¡Ah!

BRIBON. (*A ella.*) ¿Lo ves, insensata?

(*Les quita los ramilletes.*)

REINA. ¿Qué es eso?

PRÍNCIPE. ¿Qué teneis?

AFRICANA. ¡Semejante afrenta!

REINA. ¿Una afrenta?

PRÍNCIPE. ¿Qué hemos dicho para ofenderos?

AFRICANA. ¡Miserables!

ESCENA VI.

DICHOS.— GALINDO.

Sale armado de punta en blanco, llevando una bandera amarilla con un corazon atravesado, debajo del cual se leen estas palabras: «A la Princesa Deseada.»

GALINDO. Héme aquí pronto á partir.

REINA. ¡Cielos!

AFRICANA. Y bien, señora, ¿qué decís á esto? ¿Os atreveréis á negarlo? Leed. (*Señalando la bandera.*) «Á la Princesa Deseada.»

PRÍNCIPE. (¡Oh, acabemos de una vez!) Esta bandera dice la verdad. La Princesa Deseada es mi ídolo, y si la Reina os ha prometido mi mano, yo, que nada he prometido, rompo desde ahora todo proyecto de himeneo. Hé aquí el estado de mi corazon y el nombre de aquélla que lo poseerá miéntras viva. (*Empuñando la bandera.*)

AFRICANA. ¡Ah! ¡maldicion! maldicion sobre vos y sobre esa rival, á quien juro desde este momento un ódio implacable. Príncipe, velad sobre el objeto de vuestro amor. ¡Ay! ¡Bribon! ¡Bribon! Soy muy desgraciada. ¡Vén! alejémonos de este sitio.

GALINDO. (Le llama Bribon. ¡De fijo será un tunante!)

PRÍNCIPE. Galindo, ¡vé, corre, búscala, dile que la amo! ¡que su caballero sabrá salvarla de las garras de los malvados!

AFRICANA. A vos, ¡guerra á muerte! (*A la Reina.*) Á vos, el resentimiento de una mujer enamorada y celosa. (*Al Príncipe.*) ¡Reina! ¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista, Príncipe! ¡Hasta la vista!

PRÍNCIPE. Princesa Africana, ¡hasta nunca!

REINA. ¡Oh infausto dia!

PRÍNCIPE. ¡Madre! ¡Valor y confianza!

(*La Africana, furiosa, sale por el foro con Bribon y su comitiva. Galindo y los pajes por la izquierda. La Reina y el Príncipe por la derecha.*)

CUADRO III.

La Ninfa de la Fuente.

Bosque frondoso. En medio una gran fuente de forma caprichosa. Es casi de noche.

ESCENA ÚNICA.

LA AFRICANA. BRIBON, *luégo* LA NINFA.

BRIBON. Este es el lugar, Princesa.

AFRICANA. Gracias á tí, Bribon, podré vengarme de ese ingrato.

Sí, esta es la antigua fuente en que habita mi protectora; pero ¿podré verla? ¿Responderá á mi voz?

¡Oh, tú, Ninfa de la Fuente,
Mi protectora!
Escucha la voz doliente
De quien tu favor implora.
Oye mis amargas quejas
Que son de amor.
Ninfa, si de mí te alejas,
Me moriré de dolor.

(*Abrese la fuente, y se ve á la Ninfa dormida sobre un lecho de plantas acuáticas, y rodeada de luz.*)

NINFA. ¿Qué me quieres Africana?
¿Qué buscas en estos sitios?

AFRIC. Ninfa, invoco tu poder,
Porque á la venganza aspiro.

NINFA. Vengarte, ¿de quien?

AFRIC. Del monstruo

Que mi corazon ha herido
Con una intencion más negra
Que esta piel en que yo vivo,
Y con un alma más dura
Que el basalto ó que el granito.
Escucha. En medio á los mares,
Por las olas combatido,
Existe para mi daño
El gran Imperio Amarillo.
Todo es amarillo en él;
No porque el sol matutino
Pinte con sus rayos de oro
Ciudades, campos, y riscos,
Que luégo se oculta el sol,
Y en el cielo oscurecido
La Vírgen de las Tinieblas
Asoma el rostro argentino
Y vela de los mortales
El sueño turbio ó tranquilo,
Sino porque plugo al cielo
Darle ese color aurífero.
Allí no hay la sed de oro,
Porque todo es amarillo.
Allí la ciencia de Hipócrates
No registra en sus capítulos
La cura de la ictericia,
Porque todo es amarillo.
Allí, jilgueros, gorriones,
Y ruiseñores, y mirlos.....
Todos son canarios..... todos.....
Porque todo es amarillo.
Allí el vate laureado
Ciñe una corona altivo,
Y..... ¡ay! esa corona es fúnebre,
Porque todo es amarillo.
Allí ministros togados,

Si van de toga vestidos,
Son ministros regicidas,
Porque todo es amarillo.
Allí penden de los árboles
Los frutos más exquisitos,
Y nunca *están verdes*, nunca,
Porque todo es amarillo.
Allí no pide el amante
La *blanca mano* de su ídolo;
Pide tan sólo la mano,
Porque todo es amarillo.
Allí son todos iguales;
Allí no hay tontos ni listos;
Allí *brilla* todo el mundo,
Porque todo es amarillo.
Pues, bien, Ninfa de la Fuente,
El monstruo que me ha ofendido
Es el presunto heredero
Del gran Imperio Amarillo.
Le adoro, y él me desprecia;
Vengarme, pues, necesito.
La Princesa Deseada
Es hoy de mi amante el ídolo,
Y con ella en tierno lazo
Pretende vivir unido.
Ahora dime, ¿qué podré
Esperar de tí?

NINFA. El castigo
De la Princesa Deseada,
De tu amante, y del indigno
Monarca de las Campanas,
El cual fué padre á los cinco
Lustros de su matrimonio
Por mi poder infinito.
Africana, yo tambien
Una ofensa he recibido,

Y te ayudaré á vengarte.
Mañana, en el laberíntico
Bosque de los Sicomoros,
Á dos leguas de este sitio,
Haré pedazos mi vara
Ó lograré mis designios.
El Príncipe será tuyo,
Campanudo será mio,
Y la Princesa Deseada
Sufrirá cruel martirio.
Adios.

AFRIC. Ninfa de la Fuente,
En tu proteccion confio.
(*La Ninfa desaparece.*)
Bribon, mañana en el bosque
De los Sicomoros.

BRIBON. Sirvo
Á tus órdenes, Princesa.

AFRIC. (Me vengaré del inicuo.)
(*Vanse por el fondo.*)

CUADRO IV.

La Torre oscura.

Una pequéña rotonda ricamente alhajada, y cuyas paredes son de mármol y oro. Multitud de luces alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

LA PRINCESA DESEADA; *en seguida* AZUCENA. LA PRINCESA *tendida en un sofá, medio dormida y luchando con un horrible sueño.*

DESEADA. ¡Socorro, socorro!
AZUCENA. ¡Dios mio! ¿qué sucede?

DESEADA. ¡Socorro! ¡van á matarle! ¡Socorro! ¡Azucena, Azucena!

AZUCENA. Tranquilizaos, querida Princesa, estoy aquí.

DESEADA. ¡Ah, loado sea Dios! ¡Qué sueño tan horrible!

AZUCENA. Una pesadilla, ¿no es cierto? ¿y qué soñabais?

DESEADA. No sé..... Hallábame en un palacio suntuoso..... y por la primera vez de mi vida la luz del sol hirió mis ojos. Grandes ventanas que daban á los jardines me permitian admirar los árboles cargados de frutas y flores. De repente veo salir de entre el follaje un arrogante caballero.....

AZUCENA. Eso me gusta. Continuad.

DESEADA. «Ricardo es mi nombre: Príncipe soy», me dijo, arrodillándose á mis piés. «Yo os amo, Princesa, y si quereis que viva, amadme.»

AZUCENA. ¡Qué sueño tan bonito!

DESEADA. Su voz temblorosa..... su mirada suplicante.....

AZUCENA. ¿Y vos le contestasteis?

DESEADA. Cuando iba á hacerlo, una multitud de monstruos negros salieron de la tierra, y querian apoderarse de mí..... Una mujer, negra como ellos, les mandaba que me persiguieran.....

AZUCENA. ¡Ay, qué pícara!

DESEADA. Mi enamorado caballero me defendia bizarramente; pero ya iba á sucumbir al poder de aquellos infames, cuando mis gritos me han despertado..... ¡Oh, qué sueño tan espantoso!.....

AZUCENA. ¿Y el caballero era guapo?

DESEADA. Su imágen está grabada aquí. (*Señalando el corazon.*)

AZUCENA. ¡Oh! si pudiéramos hacer venir al solitario de las montañas nevadas, él nos explicaria.....

Es un viejecito que tiene la llave de todos los sueños..... ¡Si yo pudiera salir!.....

DESEADA. ¿Y por qué no? ¿Quién te lo impide? ¡Tú no estás como yo condenada á privarte de la luz del cielo! ¡Ay, Azucena, que desdichada soy, no poder gozar de una mañana de primavera!..... ¡Qué hermoso debe ser! ¡No poder contemplar ese firmamento de que oigo hablar, todo bordado de estrellas ¡Esto es horroroso! ¡En esta prision la noche y el dia se confunden! ¡El tiempo corre sin dejar la más ligera huella.....! ¿Ves nuestras flores? ¡Se mueren todas.....; como no les da el aire!.....—¡Los pájaros en sus jaulas, despues de algunas semanas de cautiverio cesan de cantar y se mueren como nuestras flores!..... ¡Como no les da el aire!..... ¿Y pretenden que mi vida se consuma en este calabozo? ¡A los diez y seis años, cuando todo me sonrie!.....

AZUCENA. Es cierto: pero recordad que sólo os queda un año de estar aquí. Tal es la voluntad de la Ninfa de la Fuente.

DESEADA. ¡Un año me parecerá un siglo.....! mas ¿qué he de hacer? resignarme y sufrir.

(*Llaman á la puerta.*)

¿Quién puede venir?

AZUCENA. ¿Quién va?

PETRUCHI (*Dentro.*) Soy yo, Petruchi, el gran Senescal de palacio.

AZUCENA. Es el Senescal.

DESEADA. Recíbele miéntras yo voy á mi aposento.

(*Vase por la derecha.*)

AZUCENA. Podeis entrar, Senescal.

ESCENA II.

AZUCENA.—PETRUCHI.

PETRUCHI. S. M. el Rey me envia para..... ¿Cómo no está aquí la Princesa?

AZUCENA. Está en su tocador.

PETRUCHI. S. M. el Rey me envia á fin de anunciar á la Princesa, su hija, que vendrá á visitarla. Su Majestad ha recibido esta mañana un pliego que le ha traido un correo extranjero..... ¡Ay! (*Dando un grito.*)

AZUCENA. ¿Qué teneis?

PETRUCHI. Nada, nada. S. M. abrió el pliego, y exclamó sorprendido..... ¡Uy! (*Dando otro grito.*)

AZUCENA. S. M. ha exclamado: ¡Ay! ¡Uy!

PETRUCHI. No, Azucena; estas exclamaciones son mias propias.—S. M. exclamó: «¡Cómo, tan pronto!» Son tres palabras que tienen sin duda un significado político... ¡Ay, uy! (*Gritando con más fuerza.*)

AZUCENA. Vaya, ya veo que padeceis de dolores reumáticos.

PETRUCHI. ¡Ojalá: lo que me atormenta es mucho más insufrible!

AZUCENA. ¿Teneis los diablos en el cuerpo?

PETRUCHI. ¡Tengo la Ninfa de la Fuente; Ninfa vengativa, que me atormenta desde el dia que fulminó su prediccion contra la Princesa, so pretexto de que olvidé convidarla! Ora una mano invisible se divierte en calarme el sombrero hasta el cogote. Ora me dan ganas de brincar, de correr, y entónces salto á pesar mio, y me lanzo fuera de la ciudad, y corro... corro... y cuando derrengado me veo otra vez en mi casa y quiero descansar un rato, la pluma de mis colchones se convierte en guijarros, y tengo

que pasarme la noche de pié... dando paseos, como una fiera, por mi habitacion... ¡Ya veis que diversion la mia!

AZUCENA. ¿Y no habeis procurado libraros de tanta calamidad?

PETRUCHI. Sí tal: esta misma mañana he consultado con el Solitario de las Montañas Nevadas, y me ha dicho que todo desapareceria el dia en que yo lograse hacerme amar de una jóven cuyo corazon estuviese libre.

AZUCENA. ¡Pobre Senescal; vuestra enfermedad es incurable!

PETRUCHI. Te engañas: que he encontrado lo que necesito.

AZUCENA. ¿De véras?

PETRUCHI. Tengo la jóven en mi mano.

AZUCENA. ¿Quién es?

PETRUCHI. Tú. (*Cogiéndola.*)

AZUCENA. ¡Qué disparate!

PETRUCHI. Hace mucho tiempo que te quiero.

AZUCENA. Y yo hace mucho tiempo que no quiero á nadie.

PETRUCHI. ¿Soy acaso demasiado viejo para tí?

AZUCENA. No; sino que yo soy demasiado jóven para vos.

PETRUCHI. El corazon nunca envejece, y el mio... Ay! (*Gritando.*) Por vida de... ¡Ahora el insecto!...

AZUCENA. ¿Qué insecto?

PETRUCHI. ¿No lo veis? (*Queriendo coger al vuelo una mosca.*) Es una mosca de la raza más atormentadora... ¡Me sigue á todas partes! ¡me destroza la nariz, generalmente tres horas cada dia, desde las doce hasta las tres...! ¡Serán ya las doce, Maldita! (*Queriendo cogerla.*)

AZUCENA. ¡Pobre Senescal; siento no poder hacer nada por vos! (*Vase riendo.*)

ESCENA III.

PETRUCHI.—EL REY Y DOS PAJES.

PETRUCHI. ¡Necia, despreciar tan brillante ocasion; ser la esposa de un Senescal! pero ya lo pensará de otro modo. (*Se oye una campana.*) El Rey se acerca.

REY. (*Saliendo.*) ¡Que venga mi real heredera! ¡Vamos, que se despache pronto, es urgente!... (*Los pajes entran en el aposento de la Princesa.*)

PETRUCHI. ¡Señor, me parece que estais contento, permitidme que me regocije con vos!

REY. Tal es tu obligacion, Senescal; yo estoy contento; tú debes estarlo tambien.

PETRUCHI. Y cuando sepa la causa de vuestra alegría...

REY. ¡Qué bien hice, Senescal; que bien hice en mandar el retrato de mi hija á las córtes extranjeras!... ¡He logrado mi intento!...

PETRUCHI. ¿Es posible?

REY. ¡Participa de mi dicha, Senescal; participa de mi dicha!

PETRUCHI. Sí... yo parti... ci... po... (*Queriendo coger la mosca.*)

REY. ¡El éxito ha coronado mis proyectos!

PETRUCHI. Efec..... ti..... va..... mente..... (*El mismo juego.*)

REY. Mi hija llega, vas á saberlo todo.

ESCENA IV.

DICHOS.—LOS PAJES, LA PRINCESA DESEADA, AZUCENA Y DOS DAMAS.

DESEADA. Padre mio, ¡cuánto placer en veros!... ¿De qué se trata? ¿qué teneis que decirme?

Rey. ¡Hija mia, una cosa que te va á gustar mucho, pero mucho! ¿No es cierto, Senescal?

Petruchi. Señor, yo no me atrevo...

Deseada. ¡Hablad, padre mio; aumentais mi curiosidad!...

Rey. (*Con majestad.*) Princesa: el Embajador del gran Imperio Amarillo acaba de llegar con pliegos importantes. En ellos me pide tu mano para el príncipe heredero, con todas las formalidades diplomáticas que prescriben estos casos. La Reina Amarilla es una señora de alguna edad y promete no durar mucho. Su hijo ocupará dentro de poco el trono amarillo con el nombre de Ricardo I.

Deseada. ¡Ricardo!

Azucena. ¡El nombre del caballero de vuestro sueño!

Deseada. Decid, padre mio; y ese príncipe...

Rey. Yo le he visto, ó por mejor decir, he visto su retrato.

Deseada. ¿Os ha enviado su retrato?

Rey. Su embajador te lo trae. El Príncipe es un hermosísimo jóven: tiene cinco piés...

Deseada. ¿Qué decis?...

Azucena. ¿Cómo?...

Petruchi. ¡Será un fenómeno!...

Rey. ¡Si no me dejais acabar!... ¡cinco piés de estatura!...

Todos. ¡¡Ah!!

Rey. Y rubio como unas candelas.

Deseada. (¡Si será!...) ¡Su retrato, padre mio; quiero ver su retrato!...

Rey. ¡Oh fuerza del amor, ya le quiere sin haberle visto! Que se presente el Embajador.

ESCENA V.

DICHOS.—GALINDO, PAJES *con ricos presentes.*

Galindo lleva pendiente del cuello un medallon con el retrato del Príncipe. Bribon se ha introducido con la comitiva del Embajador, y se mantiene retirado y observando cuanto pasa. Música que indica la entrada del Embajador.

GALINDO. Soy embajador, aquí de mi elocuencia. Cuanto más embajador, tanto más elocuente.

REY. Embajador: hé aquí mi hija la princesa Deseada. Dirigidle la palabra.

GALINDO. Princesa: séame permitido prosternarme delante de vuestra alteza y besar vuestra mano.

DESEADA. Embajador, yo os lo permito. (*Galindo la besa la mano.*)

GALINDO. (¡Ay qué mano tan blanca y tan rica!)

DESEADA (*A Azucena*). Así me besaba la mano el caballero de mis sueños.

AZUCENA (*A Deseada*). ¡Y qué bien debe saber!....

GALINDO. Princesa, el jóven Ricardo, príncipe heredero del trono Amarillo, desde que vió vuestras facciones, trasladadas á un lienzo por la mano de uno de los más sabios discípulos de Apéles, perdió su habitual alegría, enamorándose de vuestras infinitas gracias, y conmoviendo de tal modo el corazon de su augusta madre la Reina, que esta soberana resolvió, en consejo de ministros, enviarme á vuestra córte y pedir al Rey Campanudo vuestra mano para el hijo de sus entrañas.

DESEADA. ¡Será posible!

GALINDO. «Marcha enseguida al reino de las Campanas, oh mi fiel escudero», me dijo el Príncipe,

loco de alegría: «pinta mi ardiente pasion á la señora de mis pensamientos, y llévala la miniatura que reproduce mis facciones.»

DESEADA. ¡Su retrato!....

GALINDO. Aquí le teneis: dignaos echarle una mirada.

DESEADA (*Viendo el retrato*). ¡Cielos! ¡es él! ¡el caballero de mis sueños!

AZUCENA (*A Deseada*). ¡Lo adivinasteis....!

REY. ¿Y cómo es que no ha venido el príncipe en persona? Me parece que la etiqueta.....

GALINDO. Teneis razon; pero habeis de saber que la Reina habia dispuesto de la mano de su hijo en favor de una princesa negra.

DESEADA. ¡Oh! ¡la de mi sueño!

AZUCENA. ¡Es verdad!

GALINDO. La africana, resentida, amenazó invadir el imperio Amarillo con un ejército negro, y entónces el Príncipe quiso permanecer en sus Estados y combatir á su enemiga.

DESEADA. ¿Es decir que corre grandes peligros? Siendo así, señor embajador, no partiréis solo: yo os seguiré.

REY. ¿Qué dices?

DESEADA. Digo, padre mio, que no hay poder humano capaz de tenerme prisionera por más tiempo en esta horrorosa torre. El destino me ha señalado la ruta que debo seguir. Quiero ceder á los impulsos de mi corazon.

REY. ¡Estas muchachas, en hablándolas de casorio, pierden la chaveta....! Pero vén aquí, ¡desgraciada! pues ¿no sabes que si ves la luz del dia ántes de haber cumplido los diez y siete años puede sucederte y sucedernos alguna nueva desgracia? ¿No temes á la Ninfa de la Fuente? ¿Ignoras de lo que es capaz?

PETRUCHI. ¡Dígalo yo....!

GALINDO. En cuanto á eso, puede vuestra majestad tranquilizarse. Una carroza, cubierta de terciopelo, ha sido enviada por disposicion del Príncipe, sin que haya en ella abertura, cristal ni resquicio alguno por donde pueda penetrar la luz. Yo me encargaré de la llave que abre la portezuela, y sin exponeros á la fatal prediccion, puedo trasportar á vuestra hija al palacio del príncipe mi señor, en el que están ya dispuestas habitaciones escrupulosamente calafateadas.

DESEADA. Ya lo veis, papaito mio: no hay el menor peligro. Por otra parte, quedándome aquí me moriria de inquietud y de fastidio. (*Acariciando á su padre.*) Partiré, papaito mio: ¿no es cierto que partiré?

REY. Pues señor, en vista de que no quieres quedarte, te doy licencia para que te vayas.

DESEADA. ¡Qué bueno sois! Azucena me acompañará en el viaje.

AZUCENA. Con mil amores.

DESEADA. Ahora, padre mio, quiero consagraros los cortos instantes que me quedan.

REY. ¡Ay qué mimo! ¡qué mimo!

DESEADA. ¡Sois tan bueno....!

REY. ¡Sí! En dándome lo que quiero, tengo un genio como un cordero.

(*El Rey, la Princesa y Azucena salen por la derecha con las damas de honor. A una seña de Galindo, los pajes y escuderos de la comitiva se van por el otro lado. Petruchi entra en los aposentos de la Princesa.*)

ESCENA VI.

BRIBON, GALINDO, *luégo* PETRUCHI.

(*Bribon en medio de la escena observa todo lo que pasa.*)

GALINDO. (¿Quién será este hombre de tan mal aspecto?) ¿Quién sois?

BRIBON. Soy de palacio. (*Sonriéndose.*)

GALINDO. Me parece conoceros: si no me engaño, estabais hace algun tiempo al servicio de la princesa Africana....!

BRIBON. La he dejado. (*Sonriéndose.*)

GALINDO. ¡Su sonrisa es atroz! Pero ¿qué me importa? Vamos á preparar la partida. (*Vase por el foro.*)

PETRUCHI. (*Saliendo.*) ¡Azucena se va, y esta maldita mosca se queda....! ¡Es absolutamente preciso encontrar una mujer que me ame! (*Viendo á Bribon.*) (¿Quién es este hombre?) ¿Quién sois?

BRIBON. He venido con el Embajador. (*Sonriéndose.*)

PETRUCHI. (¡Que el cielo te confunda á tí y al Embajador! ¡Dios mio, qué feo es! ¡Apénas se conoce si rie ó hace visajes....!) Tengo el honor..... (*Se va por la izquierda.*)

BRIBON. (*Solo.*) ¡Id, pobres gentes! ¡El placer me inflama!
Con mi sonrisa, con mi adusto ceño,
¡Oh, qué bien desempeño
Mi papel de traidor de melodrama!
¡Guerra á la humanidad! ¡Este es mi goce!
Yo soy Bribon. ¡Qué bien se me conoce!

(*Se abisma en la tierra.*)

CUADRO V.

El Bosque de los sicomoros.

El teatro representa un inmenso bosque de árboles centenarios. A la derecha un camino desigual. El sol, próximo á su ocaso, ilumina este cuadro.

ESCENA PRIMERA.

LA AFRICANA. BRIBON.

(*Se oye una marcha que se va acercando poco á poco.*)

BRIBON. ¿Oyes?

AFRICANA. ¡Sí; se van acercando poco á poco....!

BRIBON. Pues bien; tres dias há que, no pudiendo el Príncipe moderar su impaciencia, ha salido de palacio con una comitiva de cazadores. Sabe que la Princesa debe atravesar el bosque de los Sicomoros, y no dudo que dirigirá la cacería hácia este punto.

AFRICANA. ¡Cuánto la ama!

BRIBON. ¡Pero llegará tarde!

AFRICANA. ¿Lo has preparado todo?

BRIBON. No temas; he colocado á tus criados en la espesura del bosque, y te respondo del éxito.

AFRICANA. ¿Con tu cabeza?

BRIBON. Con mi cabeza. Ahora vén; voy á conducirte á la Roca Negra.

AFRICANA. Vamos: á tu cuidado dejo mi venganz a

(*Desaparecen.*)

ESCENA II.

GALINDO. AZUCENA *y la comitiva de la Princesa.*

(*Desfilan los alabarderos, luégo un heraldo de armas. Otro peloton de alabarderos. Dos trompetas, seis arqueros, seis pajes con bandejas. Un palanquin, en el cual es conducida Azucena. Otros seis pajes, seguidos de ballesteros y de escuderos. Luégo que la comitiva ha atravesado la escena, se oye el toque de* 'Alto', *y el palanquin se para en medio.*)

GALINDO. ¡Alto! (*Esta voz va repitiéndose de distancia en distancia hasta que se pierde enteramente.*) Tomad un poco de aliento, y vaciad las calabazas, mis buenos amigos. (*La comitiva se para sin descomponerse.*) Hermosa Azucena, como habeis manifestado deseos de apearos.....

AZUCENA. De muy buena gana. (*Se apea.*) Quisiera ir siempre á pié. Es tan nuevo para mí encontrarme respirando el aire libre..... ¡Dios mio! ¡Qué hermosos árboles! ¡Qué bello bosque....!

GALINDO. ¡Oh! es inmenso; pero no le creo muy seguro.

AZUCENA. ¡Cómo! ¿Tendriais miedo con una escolta tan numerosa?

GALINDO. ¿Miedo....? No precisamente; pero, á la verdad, no me gustan los lobos, los osos ni las serpientes venenosas.

AZUCENA. ¿Los hay en este bosque?

GALINDO. Está lleno de ellos; y ademas, creia haber visto hombres de aspecto siniestro que se escondian á nuestra llegada. Francamente hablando, estos grandes sicomoros no me hacen maldita la gracia. Preferiría un jardinito con muchas flores, ¡adornado

de azucenas....! ¿entendeis? ¡de azucenas....! ¡sobre todo de azucenas! ¡Ay! (*Suspirando.*)

AZUCENA. Suspirais mucho.

GALINDO. ¿Lo habeis notado? Mejor.

(*Óyese un trueno.*)

AZUCENA. ¿Oís cómo truena?

GALINDO. Eso anuncia una tempestad, y es preciso ponerse en camino.

AZUCENA. Dejadme decir una sola palabra á la Princesa: yo alcanzaré el palanquin.

GALINDO. Vuestros deseos son mandatos para mí. En marcha. (*A la comitiva.*) ¡Adelante!

(*La voz de «Adelante» se repite como la voz de «Alto». Desfilan todos, y luégo llega el coche que conduce á la Princesa.*)

AZUCENA. Ya adelantamos, querida señora. Valor y confianza.

DESEADA. Le tengo, querida Azucena. ¡Soy tan dichosa....! (*Desde el coche.*)

(*En este momento salen del fondo los esclavos y guardias negros. Van armados de hachas. Bribon está á su cabeza.*)

GALINDO. Mañana, señora, llegamos al término de nuestro viaje.

BRIBON. ¡Mañana! ¡No!

GALINDO *y* AZUCENA. ¡Cielos! ¡Socorro! ¡Socorro!

(*Lucha general. Los negros acometen á la comitiva. La Ninfa de la Fuente aparece en los aires sobre un dragon alado. Bribon rompe con su hacha el coche y lo hace pedazos. En vez de la Princesa se ve una cierva. Los guardias que custodiaban el coche se trasforman en demonios.*)

AZUCENA. ¡Qué veo! ¡mi pobre señora convertida en cierva!

GALINDO. ¡Desdichada Princesa! ¡Pobre ciervecita!

(*Los demonios se apoderan de Azucena y Galindo y los arrastran hácia el bosque. Rayos y truenos.*)

(CAE EL TELON.)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO VI.

La Caza.

Llanura de un bosque. A la derecha una cabaña.

ESCENA PRIMERA.

(*Aldeanos y aldeanas que bailan. La* ABUELA *está sentada á la puerta de la cabaña, hilando.*)

ABUELA. Vamos, vamos, ya os habeis divertido bastante. Ya hace más de una hora que estais en danza, y las faenas del campo están muy atrasadas. Mañana tendréis otro rato de holganza; con que, hijos, á trabajar como Dios manda, que para todo hay tiempo.

ALDEANO. ¡Viva la Abuela!

TODOS. ¡Viva...!!

(*Vanse por diferentes lados.*)

ESCENA II.

La ABUELA.—AZUCENA. GALINDO *probremente vestidos.*

ABUELA. ¡Calla! ¿Qué quereis?

AZUCENA. Apiadaos de dos pobres viajeros.

GALINDO. ¡Que van á perecer de hambre y de cansancio....!

ABUELA. Nada puedo hacer por vosotros, pobre gente. ¿Y quiénes sois?

GALINDO. ¡Ay de mí!

AZUCENA. ¡Formábamos parte de la comitiva de la Princesa Deseada!

ABUELA. ¿Cómo? ¿Qué decís? ¿De esa pobrecita que, segun dicen, se ha convertido en cierva?

GALINDO. ¿Luego habeis oido hablar de nuestra catástrofe?

AZUCENA. ¿Conoceis nuestra lamentable historia?

ABUELA. No se habla de otra cosa en estas cercanías.

GALINDO. ¡Pues hace más de quince dias que andamos errantes por ese bosque!

AZUCENA. ¡Manteniéndonos de raíces, de frutas silvestres y de los socorros de algunos leñadores!....

ABUELA. ¿Y sois hermanos?

AZUCENA. (*A Galindo.*) Decid que sí. (¡Ay, Dios mio, qué vergüenza! ¡Solos los dos por esos mundos!)

GALINDO. Sí, buena señora; ¡al fin somos hijos de Adan y Eva!....

ABUELA. ¡Pobrecitos! Ea, pues venid á mi cabaña, y allí encontraréis con qué recuperar las fuerzas.

AZUCENA. ¡Qué buena sois!

GALINDO. ¿Cómo pagaros?....

ABUELA. ¿Pagarme? De un modo muy sencillo; contándome circunstanciadamente vuestra historia, que, á la verdad, es maravillosa.

AZUCENA. Os lo contarémos todo.

ABUELA. Pues vamos adentro.

GALINDO. ¡Oh Providencia, que te me presentas en forma de vieja campesina, yo te bendigo!

(*Entran los tres en la cabaña.*)

ESCENA III.

El príncipe Ricardo, Brambila y cazadores.

Príncipe. ¡Esta zozobra me mata! ¡Por más que hago no puedo estar tranquilo! Brambila, ¿se han colocado vigilantes en todas las sendas del bosque?

Brambila. Vuestro montero está ocupado en distribuir los puestos.

Príncipe. ¡Pero, Galindo..... hacerme aguardar tanto! ¡Sin escribirme! ¡Sin darme noticias de ella!.... ¡He perdido la paciencia! ¡Necesito que un ejercicio violento me saque de este estado! Voy á internarme en lo más espeso del bosque. Quiero hallarme cara á cara con alguna fiera indomable. Sólo en presencia del peligro podrá reanudarse mi abatido espíritu. Brambila, compañeros, vamos á cazar: llenen el viento vuestras trompas. Desgraciado del primer leon que se presente á mi vista. En marcha.

(*Se alejan. Los sonidos de las trompas van disminuyendo poco á poco.*)

ESCENA IV.

Azucena, Galindo, La Abuela.

Azucena. ¡No! ¡No me engaño!....

Galindo. Pero, Azucena, ¿dónde vais así? ¿Qué teneis?

Abuela. ¿Qué os sucede?

Azucena. ¡Escuchad!.... ¡Qué! ¿no oís?

Galindo. Sí; los sonidos de la trompa.

Abuela. Será algun gran señor que estará cazando en el bosque.

Azucena. ¡Eso! ¡Precisamente! Y qué..... ¿ya no os acordais de mi pobre señora?

Galindo. ¡Cáspita! ¡Se me habia olvidado!....

Azucena. ¿Y si los cazadores la persiguen?

Galindo. ¡Me haces temblar!....

Azucena. ¿Y si la hieren ó la matan?

Galindo. ¡Sería horrible!....

Abuela. ¡Es cierto!.... Pero dejadlo á mi cuidado. Yo conozco perfectamente todos los senderos del bosque. Seguidme vos. (*A Galindo.*) Verémos á los cazadores, les contarémos todo lo que ha pasado y les rogarémos que sólo tiren á los osos y á los lobos, y que dejen en paz á las pobres ciervas.

Azucena. Sí, sí, buena mujer; marchad cuanto ántes.

Abuela. Vos cuidaréis la casa durante mi ausencia.

Galindo. (¡Yo hubiera preferido comer!.... ¡En fin, paciencia!) Anciana; dadme el brazo, y en marcha.

Abuela. Pronto estarémos de vuelta.

Azucena. ¡Con qué impaciencia quedo!

(*Se alejan.*)

ESCENA V.

Azucena *sola.*

¡Quiera Dios que lleguen á tiempo! Esta pobre mujer me inspira confianza, y si quisiera permitirme..... ¡Qué buena idea! ¡Quedarme á vivir aquí y salir á recorrer el bosque hasta encontrar á mi señora! ¡Oh! ¡Sí! Ella me conocerá y yo la protegeré. ¡Sí, pobre cierva! Al ménos te quedará el consuelo de que tu compañera, tu hermana, esté siempre á tu

lado y te defienda de los peligros que te amenazan. (*Se oye una trompa de caza.*) ¿Qué oigo? Ese sonido..... ¡Yo tiemblo! ¡Sí, es la caza!.... (*Se ve de léjos á la cierva atravesar un sendero.*) ¡Dios mio! ¿Qué estoy viendo? ¡Me parece!.... ¡Allí en aquel sendero!.... ¡Es ella!.... (*La cierva desaparece.*) ¡Ay de mí!.... ¡Ya no la veo!..... ¡Poderosa ninfa, calma tu cólera! ¡Alivia la suerte de mi señora!.... (*La cierva vuelve á presentarse más cerca.*) ¡Ah! ¡Que la veo otra vez!.... ¡No es ilusion!... ¡El corazon no me engaña! ¡No la asusteis!.... ¡Princesa! (*Llamándola.*) ¡Mi querida Princesa! (*La cierva se para.*) ¡Oh dicha! ¡Me oye! ¡Se detiene! (*Se oye un tiro. La cierva escapa.*) ¡Ah! (*Corre hácia el fondo.*) ¡Su vida corre peligro!.... ¡No tireis!.... (*Gritando.*) (*Se oye otro tiro.*) ¡Ay! ¡Herida!.... ¡La han herido!

(*Desaparece.*)

ESCENA VI.

El príncipe Ricardo, *luégo* Azucena *y la* Cierva.

Príncipe. ¡La acerté! ¡La he visto caer! ¡No hay duda! ¡Pero es particular!.... ¡El tiro que la ha herido me ha hecho un efecto!.... ¡Mi corazon se ha resentido del golpe! ¡Cosa rara! ¡He muerto tantos animales!.... ¡Pero éste era tan hermoso!.... ¡Me miraba con unos ojos tan tristes!.... ¡Bah! ¡Qué tontería! ¡Si álguien me oyera se reiria de mí. ¡Pero.... si no me engaño, allí está la cierva! ¡Y una mujer á su lado!

(*Azucena hablando desde dentro con la cierva.—Sale, y sin reparar en el Príncipe, entra en la cabaña.*)

Azucena. ¡Oh qué desgracia! ¡No puede andar! ¡Esperad; voy á buscar algun remedio!

PRÍNCIPE. ¿Qué dice? ¿Con quién habla? ¡Hay en todo esto un no sé qué de extraordinario!.... ¿Si será una cierva domesticada?.... Pero si fuera así, no la dejarian sola por el bosque, expuesta á caer en manos de los cazadores..... Nada, nada; vamos á ver.....

(*Azucena sale con un vendaje.*)

AZUCENA. ¡Un cazador!

PRÍNCIPE. Permitidme, jóven: esa cierva que estabais acariciando me pertenece. He disparado contra ella mi arcabuz y.....

AZUCENA. ¡Oh caballero! Si supiérais á quien habeis herido tendrias una pena muy grande. Esa cierva no es lo que parece.

PRÍNCIPE. ¿Es acaso un animal sabio? Tanto mejor: se la regalaré á un célebre naturalista. Yo os la pagaré bien. ¿Cuánto quereis por ella?

AZUCENA. ¿Separarme de mi cierva? ¡Eso jamas!

PRÍNCIPE. Os repito que me pertenece, y, por lo tanto, voy á llevármela.

AZUCENA. ¡Deteneos!

PRÍNCIPE. ¡Eh! ¡Basta de ceremonias!.... (*Yendo hácia ella.*)

AZUCENA. ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA VII.

DICHOS.—GALINDO *con un palo.*

GALINDO. ¿Quién es el atrevido?....

PRÍNCIPE. ¿Qué veo? ¡Galindo!....

GALINDO. ¡El Príncipe!....

AZUCENA. ¡El Príncipe! ¡Qué encuentro! (*Vase corriendo por la derecha.*)

GALINDO. (¿Cómo le diré?....)

PRÍNCIPE. Galindo: ¿qué traje es ese?

GALINDO. ¡Ay de mí!....

PRÍNCIPE. ¿Callas? No me atrevo á hacerte hablar..... y al mismo tiempo me consumo de impaciencia. Vamos, no me hagas penar más tiempo!.... Ha sucedido alguna desgracia, ¿no es verdad?

GALINDO. ¡Oh, sí!

PRÍNCIPE. ¿La Princesa ha rehusado mi oferta?

GALINDO. ¡Oh, no!

PRÍNCIPE. ¿Ama tal vez á otro?

GALINDO. No ama sino á vos.

PRÍNCIPE. ¿Luego todo va bien?

GALINDO. Al contrario, todo va mal.

PRÍNCIPE. ¿Cómo? ¡Explícame pronto este enigma!....

GALINDO. Pues bien; nos habiamos puesto en camino ..... íbamos corriendo á encontraros..... cuando de repente..... ¡Yo no puedo acabar!....

PRÍNCIPE. ¡Habla, vive el cielo, ó teme mi cólera!....

GALINDO. Pues bien, escuchad..... ¡De repente!....

PRÍNCIPE. De repente.....

GALINDO. La carroza.....

PRÍNCIPE. La carroza.....

GALINDO. Se rompe.....

PRÍNCIPE. Se rompe.....

GALINDO. La Princesa vió la luz del dia.....

PRÍNCIPE. ¡Cielos!....

GALINDO. ¡Y acto contínuo se trasformó en cierva!....

PRÍNCIPE. ¡En cierva!....

AZUCENA. ¡Y aquí la teneis!....

(Presentándose con la cierva, que tendrá vendada una mano, y poniéndola á los piés del Príncipe.)

PRÍNCIPE. ¡Ella, la Princesa... esta cierva!... ¡Dios mio! ¿Qué es lo que me pasa, Galindo?...

GALINDO. ¡Mi querido Príncipe!...

PRÍNCIPE. ¿Pero estás seguro de lo que me dices? ¿Es esto una ilusion ó una realidad? Cuanto acabo de saber...

GALINDO. Es inverosímil, pero es cierto; todos los de vuestra comitiva han sido transformados en demonios, ménos Azucena y yo. ¡Azucena, miradla; la camarera de la hija del Rey de las campanas!...

PRÍNCIPE. ¡Basta, basta!... ¡Y yo que queria matarla!...

¡Sí, yo mismo la apunté
Con este arcabuz maldito!
Galindo, yo necesito
Vengarme, y me vengaré.
¿Tú siempre de buena fe
Me sirves?

GALINDO. ¡Soy vuestro siervo!

PRÍNCIPE. Pues bien, matando el protervo,
Seré luégo, sin reserva,
El esposo de mi cierva!

GALINDO. ¡Señor, vais á ser un ciervo!

PRÍNCIPE. ¿Qué me importa su metamórfosis? ¿Acaso no vive dentro de este cuerpo el alma de la mujer que adoro? (*Acariciando á la cierva.*)

AZUCENA. ¡Cuánto amor!...

ESCENA VIII.

DICHOS. — LA AFRICANA. BRIBON *en el fondo.*

BRIBON (*á la Africana*). ¿Oyes?

AFRICANA. ¡Miserable, ya que todavía la amas, abísmate con ella en las profundidades de la tierra!...

(*Los tres personajes y la cierva se encuentran de repente en un oscuro calabozo subterráneo sin salida. Golpe de orquesta.*)

CUADRO VII.

El Subterráneo.

ESCENA PRIMERA.

El Príncipe *con la cierva en brazos*, Azucena y Galindo.

Galindo. ¿Que es esto? ¿Dónde estamos?

Azucena. ¡Qué horrible oscuridad!

Galindo. ¡Hétenos aquí en lo más profundo de las entrañas de la tierra!

Azucena. ¡Tal vez en el reino de los topos!... ¡Qué miedo tengo! Galindo, ¿dónde estais?

Galindo. ¡No lo sé! ¿y vos?

Azucena. ¡Por aquí!... (*Encontrándose.*)

Galindo. ¿Sois vos?

Azucena. ¡Creo que sí!...

Galindo. ¿Y el Príncipe, donde está? Querido príncipe, ¿dónde estais?

Príncipe. ¡A su lado, sin separarme de ella! ¡Creo que me perdona!

Galindo. ¿Qué os parece esta habitacion?

Príncipe. ¡He llegado al colmo de la felicidad!...

Galindo. ¡Al colmo! al fondo de los mismísimos infiernos es donde hemos llegado!...

Príncipe. ¿Qué me importa el lugar? ¡Ella está aquí conmigo, puedo acariciarla, estrecharla contra mi corazon!... ¡Oh, ya no me quejo, soy completamente feliz!...

Galindo. Yo no: ¡estoy muy léjos de la felicidad!...

¡La idea de morirme de hambre en este agujero me espanta!

AZUCENA. ¿Y no habrá medio de que salgamos de aquí?

PRÍNCIPE. ¡Silencio; el cansancio la rinde!... Se duerme.

GALINDO. Eso tendrémos que hacer los tres, dormirnos; pero será el sueño de la muerte, del cual no despertarémos nunca!...

AZUCENA. ¡Me ocurre una idea! Invoquemos á la Ninfa A.

GALINDO. ¿La conoceis?

AZUCENA. La Ninfa A es la madrina de la Princesa.

PRÍNCIPE. Decís bien: invoquemos á la Ninfa A. Invócala, Galindo. Invoquémosla todos, amigo mios.

¡Oh Ninfa, cuyo nombre es la primera
Letra del alfabeto castellano!

AZUCENA. Enséñanos tu rostro sobrehumano.

GALINDO. Y sácanos, por Dios, de esta huronera.

(*Se oye un ruido subterráneo.*)

PRÍNCIPE. ¡Silencio! ¿Oís? ¡Un ruido subterráneo!

AZUCENA. ¡Se abre un boquete!

GALINDO. Aquí de nuestro entierro.

(*Ábrese la tierra y brotan chispas.*)

¡Humo y chispas! Entónces es el ferro-carril del Norte ó del Mediterráneo.

PRÍNCIPE. Mirad; en lo profundo de esta fosa
Se descubre la imágen de una bella.

AZUCENA. ¡Hácia nosotros viene!

PRÍNCIPE. ¡Es ella, es ella!

AZUCENA. ¡Oh qué placer; la ninfa poderosa!

ESCENA II.

DICHOS.—LA NINFA A *que sale del foso sobre un peñasco cuajado de plata, oro y piedras preciosas.—Música dulce.*

NINFA. Sí; por vosotros he dejado mis rocas subterráneas. Compadezco á la Princesa; su triste estado me causa lástima, pero no está en mi mano devolverle su primitiva forma; tan sólo me es dado suavizar la pena cruel á que ha sido condenada. Escuchadme. Así que el dia suceda á la noche la Princesa dejará de ser cierva.

TODOS. ¡Oh, gracias, gracias!

NINFA. Pero así que el sol llegue á su ocaso, dejará de ser mujer para volver á convertirse en cierva.

GALINDO. ¿Cómo? ¿mujer de dia y cierva de noche? Si fuera al reves...

AZUCENA. Más vale algo que nada.

PRÍNCIPE. ¡Y para salir de este tenebroso asilo!...

NINFA. Toma esta sortija; yo te la regalo: ella sola podrá libraros de los peligros sin número que os amenazan. Es un talisman que nunca debes abandonar. Si algun dia le pierdes, no vaciles en los medios de recobrarle. De esta sortija depende vuestra futura felicidad. Adios. (*Desaparece.*)

PRÍNCIPE. ¡Alma generosa, yo te bendigo! Tú me devuelves la tranquilidad.

GALINDO. Señor, vamos á salir de aquí cuanto ántes, á respirar el aire libre.

AZUCENA. ¡Qué dicha, volveré á ver á mi señora!...

PRÍNCIPE. Pero... ¿y de qué modo nos servirémos de esta sortija? ¿qué hacemos con ella?

AZUCENA. ¡Pues es verdad!...

GALINDO. ¡Bah, dejaos de tonterías!... la cosa es

muy sencilla: se toma la sortija, (*Va haciendo lo que dice.*) se levanta el brazo así, y se dice en voz alta para que lo oiga bien todo el mundo. *Quiero salir de aquí y encontrarme en una hermosa estancia.*

PRÍNCIPE. Hágase pues como tú dices.

(*Trueno espantoso. El subterráneo se trasforma en un gabinete oriental. Los miserables trajes de Galindo y Azucena se cambian en ricos vestidos. En lugar de la Cierva se ve á la Princesa reclinada en un sofá.*

CUADRO VIII.

El Pabellon indiano.

ESCENA PRIMERA.

DICHOS.—LA PRINCESA *tiene el brazo derecho envuelto en un vendaje.*

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando ó es una realidad?

AZUCENA. Silencio; se despierta, no hagais ruido.

PRÍNCIPE. ¡Es ella: sí, ella misma! ¡No me bastan los ojos para mirarla! ¡Ah, pero me sobra corazon para quererla!...

AZUCENA. Mi querida señora, ¡por fin os volvemos á ver!...

PRINCESA. ¡Azucena, Príncipe! (*Tendiéndole la mano.*)

PRÍNCIPE. ¡Oh Dios mio, esta mano herida, herida por mí!... ¡Soy un infame!

PRINCESA. ¿Puedo quejarme de un mal que me proporciona tanta dicha?

PRÍNCIPE ¡Cuán generosa sois! Mas pensar que yo mismo fuí...

PRINCESA. ¡Oh, que miedo tuve cuando me perseguiais en el bosque!...

AZUCENA. ¡Y no digo nada cuando os visteis trasformada en cierva!...

PRINCESA. ¡Oh sí, vino la noche y en seguida empecé á oir, por distintos lados, los rugidos de los leones y de los tigres! Aterrorizada me agazapé en un matorral, donde estuve escondida toda la noche. Al amanecer me aventuré á salir de mi escondite: me acerqué á una fuente y me miré el rostro... ¡Ah, cómo me deshice en lágrimas al contemplar mi metamórfosis!...

PRÍNCIPE. ¿Llorariais, verdad?

GALINDO. Sí, pero lloraria como una cierva.

PRINCESA. Y al mismo tiempo, la luz del dia, desconocida para mí, los infinitos prodigios de la naturaleza me hicieron olvidar mis penas por un momento. El sol se levantaba radiante y majestuoso; las flores embalsamaban el aire; los pájaros cantaban entre el follaje, y mil voces armoniosas murmuraban á mi alrededor: «¡Esperanza, esperanza!» Corrí todo el dia; por la noche me acometió el hambre, y entónces... ¿me atreveré á decirlo? ¡me puse á comer hierba en una pradera!

PRÍNCIPE. ¿Y os sonrojais por eso?

GALINDO. ¡Cuántos conozco yo que la comen diariamente!....

PRINCESA. En aquel instante ¡oh Dios! oí el sonido de las trompas de caza, y poco despues el ladrido de los perros.

AZUCENA. Era el Príncipe y su comitiva.

PRINCESA. Huí aterrada y me oculté en lo más espeso del bosque. De repente siento ruido de pasos, miro al traves del ramaje y os veo. No sabía si huir ó esperaros; mi corazon palpitaba; mas ¡ay! en aquel momento me apuntais con el arcabuz, suena el tiro.....

PRÍNCIPE. ¡Ah! Por favor ¡no prosigais!...

PRINCESA. Teneis razon; no hablemos de ello. Ya lo veis, mi vida está segura, y sólo debemos pensar en la dicha que nos aguarda.

AZUCENA. Pero es una dicha que concluirá todos los dias al ponerse el sol.

PRINCESA. (*Suspirando.*) ¡Es cierto!

PRÍNCIPE. ¿Qué importa? De noche serás mi cierva querida. De dia mi adorada esposa.

GALINDO. Espero que no la dejaréis salir de noche.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

GALINDO. Porque puede tropezar por ahí con algun ciervo seductor.....

PRÍNCIPE. Calla, majadero.

AZUCENA. ¿Quereis no decir tonterías?

GALINDO. Bueno, no insisto.

PRÍNCIPE. Ea, pues, alejemos ideas melancólicas. Este pabellon es magnífico. Mirad, por allí jardines, por este lado pintorescas montañas.....

GALINDO. Y debajo de esta ventana (*mirando por ella*) ¡diablo! ¡barrancos, despeñaderos, precipicios!...

PRINCIPE. Es cierto: y entre aquellas rocas se halla la célebre gruta de las fieras.

PRINCESA. Una sola idea me inquieta: mi padre ignora donde estoy. ¡Cuán grande será su ansiedad!....

AZUCENA. Teneis razon.

GALINDO. Nos hace falta un correo extraordinario.

PRÍNCIPE. Y bien; ¿no tengo mi talisman? Ahora veréis. (*Presentando la sortija.*) ¡Cúmplanse mis deseos! (*En voz alta.*)

(*Aparece un enano vestido de correo de gabinete.*)

PRINCESA. ¿Qué veo?

AZUCENA. ¡Un enano!

GALINDO. Será el del Belen.

PRÍNCIPE. (*Al enano.*) No me servís, amigo mio: teneis las piernas demasiado cortas para hacer un viaje largo.

(*El enano crece hasta convertirse en gigante.*)

PRÍNCIPE. ¡Ah! Eso ya es otra cosa. Ahora sois todo un hombre.

GALINDO. Bien por los buenos mozos. ¡Cómo se desarrollan ciertas criaturas!

PRÍNCIPE. Voy á escribir al Rey de las Campanas. Princesa mia, id á recorrer esos deliciosos jardines con Azucena y Galindo, miéntras yo escribo á vuestro padre.

PRINCESA. No tardeis.

PRÍNCIPE. Pronto volveré á vuestro lado. Esperadme vos ahí fuera. (*Al gigante.*)

(*El Príncipe acompaña á la Princesa hasta la puerta derecha. El gigante se va por el foro, cuyos arcos se agrandan para dejarle paso. El Príncipe queda solo en escena.*)

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE, *luégo* BRIBON.

PRÍNCIPE. Escribamos á escape; el pobre Rey campanudo estará lleno de impaciencia. (*Se sienta y saca una cartera.*)

BRIBON. (¡Está solo! ¡Ya es mio!)

PRÍNCIPE. (*Escribiendo.*) «Vuestra hija se halla conmigo: no temais. Mi corazon la idolatra, y mi brazo sabrá defenderla. Durante las horas del dia es

completamente dichosa; pero al dar las seis de la tarde..... »

(*Música misteriosa.—Dan las seis en diferentes relojes combinados con la orquesta.—Bribon hace una seña y aparece en la ventana un enorme murciélago, que extiende sus alas sobre el Príncipe, produciéndole una especie de letargo.—Se oscurece el teatro.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué oigo? ¡Las seis!... ¡Se acaba el dia..... y la Princesa!... (*Quiere levantarse y no puede.*) ¡Dios mio!... ¿Qué es esto? ¡Mi cabeza se arde!... ¡Las piernas se me doblan!... ¡Mis párpados se cierran!... ¡Princesa, mi adorada Princesa, venid!... ¡Vuestra mano!... ¡Vues..... tra..... mano!... (*Cae dormido en el sofa.*)

BRIBON. ¡Duerme! La sortija es mia. (*Saca la sortija del dedo del Príncipe.*) En mis manos este talisman pierde su virtud, pero al ménos no protege á la Princesa, y si se han ejecutado mis órdenes ya estará en nuestro poder.

(*Oyense varios gritos dentro.*)

ESCENA III.

DICHOS.—GALINDO *apresurado.*

GALINDO. ¡Socorro, Príncipe, socorro!

(*Yendo á él y sacudiéndole con fuerza.*)

PRÍNCIPE. Estoy durmiendo, dejadme. ¿Quién me llama?

GALINDO. ¡Yo! ¡Vuestro fiel escudero! ¡Seguidme, Príncipe, seguidme!

PRÍNCIPE. ¿Eres tú, Galindo? (*Despertando poco á poco.*)

GALINDO. ¡La han robado! ¡Y á Azucena tambien! ¡Unos horribles negros!...

PRÍNCIPE. ¿Cómo?...

GALINDO. La Princesa se salvará, gracias á la ligereza de sus cuatro patas, ¡porque ya le habia llegado la hora de ser cierva!...

PRÍNCIPE. ¡Oh!...

GALINDO. ¡Nos han sorprendido en un bosquecillo!... ¡Las han cogido, las han atado!... ¡Azucena se arrojó en los brazos de la Princesa... digo mal, en sus patas!.... ¡Y se las llevan á las dos!...

PRÍNCIPE. ¡Maldicion!...

GALINDO. ¡Venid! ¡Vuestro anillo las salvará!...

PRÍNCIPE. ¡Ah, sí! ¡Corramos! ¡Mi anillo!...

BRIBON. Tu anillo, Príncipe, lo tengo yo.

PRÍNCIPE. ¡Ah! ¡Me han robado! (*Mirándose el dedo.*)

BRIBON. Y si quieres recobrar tu talisman, lo encontrarás en el fondo de ese precipicio, donde se halla la gruta de las fieras.

(*Tira el anillo por la ventana y se va por el foro.*)

PRÍNCIPE. ¡Miserable! (*Tirando de la espada.*) ¡Ha llegado tu última hora!

(*Todas las puertas se convierten en rejas.*)

GALINDO. ¡Gran Dios! ¡Es imposible salir!

PRÍNCIPE. ¡Oh rabia! ¡Oh desesperacion!... ¡Pero no! ¡Aun nos queda la ventana! ¡Galindo, arrojémonos al abismo! ¡Allí recobraré mi sortija!

GALINDO. ¡En la gruta de las fieras!... ¡Señor, me parece una barbaridad.

PRÍNCIPE. ¡Recuerda las palabras de la Ninfa A!....

GALINDO. ¡Pero llegarémos hechos pedazos!

(*Aparece en el fondo un letrero que dice: «Arrojaos sin miedo.»*)

PRÍNCIPE. ¿Lo ves? ¡Lee! ¡La Ninfa nos protege!

GALINDO. ¡Ah! ¡Eso ya es otra cosa!... ¡Habiendo garantías!... ¡Vamos, Príncipe mio! ¡Vamos! Yo soy más valiente y más atrevido que el mismo Don Quijote en la cueva de Montesinos.

PRÍNCIPE. ¡Princesa del alma mia! ¡O serviré de pasto á las fieras ó acabaré con tus enemigos!... (*Se arrojan los dos por la ventana.*)

(CAE EL TELON.)

ACTO TERCERO.

CUADRO IX.

La Gruta de las fieras.

El teatro representa una gruta formada de peñascos y estalactitas. En el fondo la entrada.

ESCENA PRIMERA.

Reunion de fieras de todas especies. Un sér, medio hombre y medio fiera, las preside dirigiéndoles con una barra de hierro.—Gran baile.—Los leones danzan majestuosamente.—Los tigres, panteras y leopardos dan saltos prodigiosos.—Los osos valsan á compas.—Los monos hacen gimnasia.—Otros animales completan el cuadro.—Concluido el baile, entran en la gruta el Príncipe y Galindo.

PRÍNC. ¡Hombre, fiera, demonio, ó lo que seas,
Salud!

HOMB. ¡Salud, intrépidos viajeros!
¡Vuestro valor admiro!
¡No sin algun motivo poderoso
Bajais á este retiro!
¿Qué pretendeis de mí? ¿No os causa espanto
De mis bárbaros hijos la fiereza?

PRÍNC. No; que el salvar á la que adoro tanto
Presta á mi corazon ruda firmeza.

GALIN. ¿Y éstos son vuestros hijos? ¡Qué demonio!
¿Y son todos del mismo matrimonio?
¿Dónde está vuestra esposa?
Si se parece á vos, será horrorosa.

PRÍNC. Escucha Genio: al borde de ese abismo
Hay un palacio donde yo vivia
Tranquilo y venturoso,
Con la dulce mitad del alma mia.
Un talisman precioso,
Un anillo encantado me servia
Cual invencible escudo
Que resiste del hacha el golpe rudo.
¡Mas ay! Que un miserable, alma de hiena,
Mis acciones espía,
Mi cerebro envenena
Con un sopor diabólico, me roba
El anillo encantado,
Y lo arroja iracundo
Del insondable abismo en lo profundo.
Pues bien, rey de las fieras; si tus hijos
Se lanzan de las rocas á los valles
Cual nube de langosta
Y aquí y allá rebuscan afanosos
Y remueven la tierra ensangrentada,
Y entrambos ojos fijos
Alumbran con fulgúrea mirada
Donde el sol no penetra,
Hasta dar con la presa codiciada,
No dudes, no, que entre sus corvas uñas
Vendrá mi anillo que por nada cedo;
Y confundidos en estrecho abrazo
Pasará de sus garras á mi dedo.
Esto es lo que ambiciono;
Esto es lo que te pido;
Devuélveme mi talisman querido,
Que yo desde mi trono,

Por más que tú te asombres,
Haré saber al mundo corrompido
Que hay fieras ménos fieras que los hombres.

HOMB. No es necesario hacer lo que me pides,
¡Oh Príncipe! tu anillo deseado
Está en nuestro poder.

PRÍNC. ¿Quién lo ha encontrado?

HOMB. Un ligero mandril, allá en el fondo
De un negro precipicio.

PRÍNC. ¿Y estará á devolvérmelo propicio?

HOMB. Sí.

GALIN. Pues lo tiene en su poder el dueño,
Bien puede asegurarse
Que no habrá por aquí casas de empeño.

HOMB. (*Llamando.*) Tamar, acude.

(*Un mono grande se adelanta.*)

El Príncipe Amarillo
Reclama de tus manos el anillo
Que hallaste en esa sima,
Por ser suyo y tenerlo en rara estima.

(*El mono, haciendo mil contorsiones, se quita el anillo del dedo y se lo da al Príncipe.*)

PRÍNC. ¡Oh placer!

GALIN. ¡Ahí es nada!
¡Qué mono tan remono!.....
¡Esto es lo que se llama una monada!

PRÍNC. ¡Ya soy feliz! Aunque á mi pobre cierva
Oculten de la tierra en las entrañas,
Yo le daré la libertad.

HOMB. ¡Te engañas!
Sobre tu tierna esposa
El infortunio pesa.
Cautiva está en poder de la Princesa
Africana.

PRÍNC. ¡Oh dolor! Y bien, ¿no puede
Romper mi anillo sus cadenas?
HOMB. Cede
La mágica virtud de tu precioso
Anillo, ante la fuerza irresistible
Del castillo de acero.
PRÍNC. ¿Dónde está ese castillo?
HOMB. Es imposible
Entrar en él sin exponer la vida.
PRÍNC. ¿Qué me importa la vida? Pues no muero
Más lentamente con el alma herida?
¿Dónde está ese castillo, dí?
HOMB. En la cumbre
De la roca del Diablo.
PRÍNC. Vamos allá.
HOMB. Detente: ¿estás resuelto
Á partir?
PRÍNC. Donde quiera mi destino.
HOMB. Pues bien, escucha.—El áspero camino
Que va desde la falda hasta la cima,
Sembrado le verás de piedras tantas
Que apénas hallarás espacio alguno
Donde fijar tus plantas.
Esas piedras, tan negras como el rostro
De la que es tú enemiga,
Son otros tantos nobles caballeros
Que cual tú pretendieron atrevidos
Tocar la cumbre; mas los hados fieros
Atajaron sus pasos aguerridos
Dejándolos en piedra convertidos.
PRÍNC. Me sobra corazon.
HOMB. Oye un consejo.
Al ascender por la empinada cuesta
Oirás cerca de tí gritos y voces,
Y amenazas feroces.
Junto á tí brotarán miles y miles

De asquerosos reptiles,
Monstruos, endriagos, duendes y fantasmas;
Sigue adelante, avanza, no vaciles;
Hiere, mata, destroza;
¡Ay de tí, si te pasmas!
¡Ay de tí si tu espíritu se arredra!
¡Ay de tí si un momento retrocedes!
Serás al punto convertido en piedra.

PRÍNC. Cuanto me acabas de decir, excita
Mi furor, y la rabia me sofoca.
¿Qué es para mí esa roca?
Humo, viento, ilusion, quimera, nada:
Leve monton de tierra movediza
Que al soplo de mi aliento vengativo
Se esparcirá en el aire hecho ceniza.
Indícanos la ruta
Que debemos seguir.

HOMB. Desde esta gruta
Hasta llegar al pié de la montaña,
Irán rodando solas
Dos metálicas bolas
Que mis bravos leones africanos
Impulsarán con sus potentes manos.
Allí, donde esos globos
Cesen por fin en su carrera loca,
Allí veréis la descarnada roca.
Mas ántes de partir, mide tus fuerzas,
Piénsalo bien, medita
En el grave peligro á que te expones.

GALIN. Dice bien el señor: ¿por qué no almuerzas
Y repones tu estómago?

PRÍNC. Maldita
Fuera mil veces mi existencia odiosa
Si un solo instante más me retardára
En volar á los brazos de mi esposa.
Rey de las fieras, tus consejos vanos

No me harán desistir.

HOMB. Tu audacia admiro.
Que vengan mis leones africanos.

(*Salen por cada lado un leon llevando entre sus garras una gran bola de bronce que figura un mundo.*)

GALIN. ¡Calla! ¿Qué es lo que miro?
¡Estos son los leones del Congreso!.....

HOMB. Los mismos.

GALIN. ¿Luego son de carne y hueso?
¿Pues no dicen por ahí á voz en coro
Que los tales leones
Se mandaron fundir con los cañones
Que le quitamos en la guerra al moro?
¡Prodigio sin segundo!.....
Pero ¡cuánto se miente en este mundo!
¡Y ellos, nada; en su puesto tan tranquilos!
Pues ha habido ocasiones
En que han manifestado
Tener mucha paciencia estos leones.

PRÍNC. ¡Vamos, Galindo!

HOMB. ¡Acompañarte quiero
Hasta el umbral de mi caverna oscura,
Príncipe aventurero!

PRÍNC. Bestias feroces, dadme vuestros brios
Ántes que de este báratro me ausente,
Para despedazar á los impíos
Que quieren humillar mi altiva frente.

HOMB. ¡Acompañadle, todos, hijos mios!
¡Rugid, bramad, saltad, que es un valiente!

(*Todas las fieras acompañan al príncipe y á Galindo dando rugidos espantosos, saltando y bailando. Música feroz.*)

CUADRO X.

La Roca del Diablo.

Un lugar solitario, de aspecto horroroso. En la cima de una roca inaccesible se ve el castillo de acero. Es de noche y el castillo está iluminado por dentro. Un torrente separa el castillo de otra roca negra. La luna ilumina este extraño paisaje. Al levantarse el telon várias aves de rapiña atraviesan la escena. Se oye cantar á lo léjos el siguiente coro acompañado de instrumentos infernales.

ESCENA ÚNICA.

Coro.

¡Infeliz el osado mortal
Que á esta roca pretenda subir!
De Luzbel la tizona infernal
Abrasado le hará sucumbir.
¡Sombras sepulcrales,
Seres infernales,
Vuestra voz horrísona
Grite sin cesar,
¡Húndase la tierra!
¡Ábrase el infierno!
¡Guerra al Dios eterno!
¡Guerra sin piedad!.....

(*Avanzan dos globos hasta el pié de la roca y allí se paran, desapareciendo luégo. El Príncipe y Galindo salen trepando. Se les ve primero la cabeza, luégo medio cuerpo, y así poco á poco hasta que se les ve enteramente. Llevan la espada en la mano. Espectros, fantasmas y visiones de todas formas se atraviesan en su camino cerrándoles el paso; pero ellos, dando tajos y mandobles, siguen avanzando.*

Trepan por las rocas; se pierden de vista un momento; vuelven á aparecer, y este juego se repite várias veces, viéndoseles cada vez más pequeños, á medida que van estando más altos. Ya cerca de la cumbre, se les viene encima un colosal murciélago con ojos de fuego. El Príncipe lo atraviesa con su espada, haciéndole rodar de roca en roca hasta perderse en el abismo. Por fin se les ve en la punta de la roca. Se oyen gritos diabólicos por todas partes. Socavan el tronco de un pino silvestre. El árbol se inclina sobre el torrente, formando un puentecillo, por el cual pasan á la otra roca, que es donde está el castillo de acero. Entran en él.

CUADRO XI.

El Palacio de la Africana.

El teatro representa un magnífico palacio. La Africana aparece reclinada en un divan que le sirve de trono. Pebeteros arden en todos lados. Amazonas cubiertas de casco y coraza de oro guardan el palacio. Esclavas y esclavos danzan para distraer á la Africana. Gran baile.

ESCENA PRIMERA.

AFRICANA. BRIBON, *acompañamiento; luégo la* PRINCESA DESEADA. EL REY CAMPANUDO *y* PETRUCHI.

AFRICANA. ¡En vano procurais distraerme! ¡Esas danzas me fatigan! La venganza es más agradable á mi corazon. Bribon, haz que vengan mis esclavos.

(*La Princesa Deseada en traje de esclava indiana: lleva en la mano un abanico de plumas. El Rey Campanudo un plato con frutas y dulces. Petruchi una bandeja con refrescos.*)

PRINCESA. ¡Vamos, valor!.....

REY. ¡Qué humillacion!.....

PETRUCHI. ¡Ser tratado como los últimos esclavos!.....

AFRICANA. ¡Deseada, á mis piés; ese es tu puesto!..... (*Con tono imperativo.*)

PRINCESA. (Infeliz! Es preciso obedecer.....)

(*Dobla una rodilla delante de la Africana, y la abanica.*)

AFRICANA. Vosotros, ofreced refrescos y dulces á mis cortesanos.

REY. Pero ¡qué degradado estoy!..... Princesa Africana, decidme: ¿no pondréis pronto término á este estado de cosas tan humillante? Me habeis llamado bajo el pretexto de reunirme con mi hija, y sólo he venido á ser testigo del mal trato que la dais..... ¡Ella, la hija del Rey de las Campanas, cuyo nombre suena tan alto!..... ¡Ella, destinada á servir de espanta-moscas!.....

AFRICANA. ¿Y por qué es mi rival?

REY. Pero yo no soy vuestro rival, y habeis hecho de mi noble persona un lacayo de tercera clase, teniéndome cautivo contra el derecho de gentes y de las naciones civilizadas.

AFRICANA. Haced, pues, lo que exijo de vosotros, y os devolveré la libertad.

REY. ¿Que yo case á la heredera de mis vastos dominios con un simple senescal? (*Bajo á Petruchi.*) Petruchi, dí que no quieres; dí que estás ya comprometido con otra.

PETRUCHI. (*Bajo al Rey.*) ¡Pero, señor, sería hacer un desaire á vuestra hija!.... ¡y ademas, casándome, me veria libre de esta maldita mosca!....

REY. ¡Cómo, traidor! ¡te atreverias!....

PRINCESA. Podeis tiranizarnos, señora; mas no

espereis que semejante proyecto se lleve á cabo. Miéntras yo exista seré fiel al príncipe Ricardo.

Africana. ¡Pues bien (*Levantándose furiosa*), no os quejeis de vuestra suerte! Quiero que el Príncipe, viéndoos esposa de otro, no encuentre pretexto para rehusar mi mano; y si persistís en oponeros á mis designios, juro al cielo.... ¡Pero me queda un medio, un medio terrible, que me librará para siempre de una rival tan odiosa como vos!

Princesa. (¡Me hace temblar!)

Africana. Pensadlo bien; yo me retiro. ¡Ay de vosotros si ántes de una hora no se ven colmados mis deseos.

(*La Africana, Bribon y el acompañamiento se retiran por diferentes lados.*)

ESCENA II.

La Princesa. El Rey *y* Petruchi.

Princesa. ¡Pobre padre mio!

Rey. ¡Desdichada hija!

Princesa. ¡A vuestra edad ser tratado así!....

Rey. ¡Yo nombrado jefe de cocina, destinado á los hornillos!..... ¡En vez de expedir órdenes y decretos, probar salsas!.... ¡Oh! ¡me salen los colores á la cara de vergüenza!..... ¡Y las humillaciones me engordan, porque la verdad es que voy engordando!....

Petruchi. ¡Y á mí, vuestro gran senescal, destinado á sus caballerizas!

Rey. ¡Ay, hija mia! ¿Por qué te empeñaste en salir de la Torre Oscura?

Petruchi. ¡Y la pobre Azucena, que se pasa todo el dia enjugando la vajilla..... y sus lágrimas!....

Rey. ¡Y todo esto sin contar que al dar las seis, mi pobre hija entra en el gremio de los animales rumiantes!....

Petruchi. ¿Y no cesará nunca la cólera de esta mujer?

Princesa. ¡Oh, temo que nunca!

Rey. ¡Dios mio! ¿Cuándo nos verémos libres de su tiranía?

ESCENA III.

Dichos. — Azucena.

Azucena. (*Entrando con precaucion.*) ¡Quizá muy pronto!

Todos. (*Rodeándola.*) ¡Azucena!

Rey. ¿Qué has dicho? ¿Quizá muy pronto? ¡Explícanos estas tres palabras!....

Azucena. ¡Más bajo!

Princesa. ¿Qué nuevas traes?

Azucena. ¡Silencio!....

Petruchi. ¡Os escuchamos!

Azucena. Esta mañana, al despuntar el dia, me hallaba yo en el terrado del castillo. El centinela dormia apoyado en su lanza. De repente veo á lo léjos dos hombres que se introducen en el primer recinto. Penetran en los jardines..... me adelanto..... se ocultan..... ya iba á gritar « ¡Ladrones! » cuando de entre unos rosales veo salir..... ¿á quién diréis?

Todos. ¿A quién?

Azucena. Al Príncipe y á Galindo.

Princesa. ¡El Príncipe! ¡Es posible!

Rey. ¿Cómo han podido llegar hasta aquí?

Petruchi. ¿Y salvar los peligros de la Roca del diablo?

AZUCENA. Todos dormian en el castillo. Yo conduje al Príncipe y á Galindo por el corredor secreto que da á la sala de armas, y allí los he ocultado.

PRINCESA. ¿Están allí? ¡Oh, mi salvador, mi ángel custodio! ¿Cómo no amarle? ¡Tráele pronto á mi presencia, quiero verle....!

AZUCENA. ¡Al instante! (*Se va.*)

REY. ¿Tu salvador va á venir? Pues yo me marcho.

PRINCESA. ¿Cómo?

REY. ¡Ahí es nada, si la Africana llega á saberlo! ¡Inventará alguna otra manera de atormentarme....! Y si ahora me ha hecho cocinero, puede que entónces me obligára á ser aguador.... ó carbonero..... ¿No te parece, Petruchi?

PETRUCHI. Soy de la misma opinion.

REY. Tu Príncipe en nada puede mejorar nuestra situacion, con que así, me vuelvo á la cocina. Voy á freir unas chuletas de cerdo para principio.

PETRUCHI. Y yo á dar un pienso á los caballos; es lo más prudente. Vamos, señor.

PRINCESA. Pero, padre mio, vos que áun no conoceis al Príncipe.....

REY. No tengo ganas de conocerle en este momento. Más tarde..... ¡Vén, Petruchi; evitemos una nueva catástrofe!

PETRUCHI. Ya os sigo.

REY. *¡Si álguien me viera se quedaba estático!*
¡Yo sí que soy un rey bien democrático!

(*Se van por el foro.*)

ESCENA IV.

La Princesa. Azucena.—El Príncipe. Galindo.

Azucena. ¡Hélos aquí!

Princesa. ¡Es él! ¡Príncipe mio!

Príncipe. ¡Alma de mi alma!

Princesa. ¡Oh! ¡Gracias, gracias por esta nueva prueba de ternura!

Azucena. (*A Galindo.*) Digno escudero, os habeis portado.

Galindo. ¡Somos dos héroes!

Príncipe. Es preciso sacaros de este sitio, á toda costa.

Princesa. ¡Ay de mí!

Azucena. La empresa es más difícil de lo que parece.

Príncipe. Estoy acostumbrado á vencer cuantos obstáculos se me presentan.

Princesa. ¿Ignorais que este palacio está encantado?

Azucena. ¿Y que acaso la Africana sepa ya que habeis penetrado en él?

Príncipe. ¿Qué me importa?

Princesa. ¡Oh, si llegase á encontraros, me moriria de espanto y de terror; partid, Príncipe; huid, ya que todavía es tiempo. Dichosa con haberos visto un instante, os suplico que me abandoneis á mi destino.

Príncipe. ¿Abandonaros? ¡Jamas!

Princesa. El tiempo vuela, y la Africana puede sorprenderos. En su furor es capaz de todo.

Príncipe. Pues bien, que venga. Tendré el placer de echarle en cara su infame conducta para con vos.

ESCENA V.

DICHOS.—LA AFRICANA. BRIBON.

AFRICANA. Ya estás satisfecho. Héme aquí.

PRINCESA. ¡Cielos!!...

GALINDO. ¡La Africana!

AZUCENA. ¡Somos perdidos!....

PRÍNCIPE. (*Con calma.*) ¿Y bien, señora?....

AFRICANA. Todo lo he oido. Estais en la Sala de los Ecos. No se habla una palabra en este lugar que no llegue volando á mis oidos. Supe vuestra llegada y conozco vuestros proyectos. Dejadnos (*Á Azucena y Galindo.*) Vos, Princesa, quedaos.

(*Bribon los hace salir y se va con ellos.*)

GALINDO. Lo que es el tio este..... (*Por Bribon.*) como yo le hubiese pillado en la Gruta de las Fieras....!

AZUCENA. (¡Dios nos saque con bien!)

ESCENA VI.

LA AFRICANA. LA PRINCESA. EL PRÍNCIPE.

AFRICANA. Ante todo, Príncipe, permitidme que os felicite y me asombre de vuestro valor. Para llegar á este palacio habeis dado pruebas de un arrojo increible.

PRÍNCIPE. Dios protege mi brazo.

AFRICANA. Yo, retirada en este castillo para ocultar mi vergüenza, esperaba mejores tiempos, cuando me participan que os hallabais cerca de mí. El cora-

zon con tan grata nueva quiso saltar del pecho. ¡Gloria al profeta que abrevia de este modo el término de mis sufrimientos! ¡Ya estais aquí! ¡ya os tengo á mi lado! Todo lo enmendaréis, ¿no es cierto?

PRÍNCIPE. No os comprendo, señora.

AFRICANA. En este instante Bribon prepara todo lo necesario para que se celebren nuestras bodas.

PRÍNCIPE. ¿Qué decís?

PRINCESA. (¡Oh Dios!)

AFRICANA. Una vez aquí, reclamo la ejecucion de vuestra promesa.

PRÍNCIPE. ¿Aún insistís en ser mi esposa?

AFRICANA. Pues ¿cuándo he renunciado á ello?

PRÍNCIPE. Pero ¿no sabeis que no os amo?

AFRICANA. ¡Callad!

PRÍNCIPE. ¿Que no os amaré nunca?

AFRICANA. ¡Callad, por favor!

PRÍNCIPE. ¿Que mi ídolo es la Princesa Deseada?

AFRICANA. (*Furiosa.*) ¡Ira del cielo!!...

PRINCESA. ¡Por piedad!.... (*Arrodillándose delante de la Africana.*)

PRÍNCIPE. (*Levantándola.*) ¿Postrada ante ella....? ¡Eso no!....

AFRICANA. ¡Príncipe! ¡Príncipe!.... ¡Estais en mi poder....! Si os negais á dar cumplida satisfaccion á mi orgullo, si no puedo volver á mis estados con la frente erguida y apoyándome en el brazo de un esposo, entónces..... ¡creedme!.... no tendrá límites mi furor.

PRINCESA. (*Con entereza.*) Basta, señora, basta. Si yo sola hubiera de ser el blanco de vuestra venganza, yo sufriria con resignacion; pero puede extenderse á objetos que amo demasiado para dudar un solo momento en hacerles el sacrificio de mi amor. Príncipe, libre sois; os devuelvo vuestra palabra.

PRÍNCIPE. ¿Qué proferis? ¡Ah! ¡Imposible! ¡No la acepto!

AFRICANA. ¿No?...

PRÍNCIPE. (*A la Princesa.*) O vuestro, ó de nadie.

AFRICANA. (*Aparte al Príncipe.*) ¡Entónces, á vos la esclavitud, á ella la muerte!

PRÍNCIPE. (*Horrorizado.*) ¡La muerte!...

AFRICANA. En uno de los patios de este castillo tengo encerrados dos soberbios leones.

PRÍNCIPE. ¡Ah!

AFRICANA. Al verificarse la metamórfosis de la Princesa, ¿qué sucederá, decidme, si vuestra cierva idolatrada cae en la jaula de aquellos feroces animales?

PRÍNCIPE. ¡Dios mio!

AFRICANA. ¡Las seis van á dar!...

PRÍNCIPE. (¡Qué hacer!...)

AFRICANA. ¡El tiempo vuela!.... ¡Las órdenes están dadas!.... ¡No tengo más que hacer una señal!...

PRÍNCIPE. (*A la Africana.*) ¡Deteneos! Princesa, me habeis devuelto mi palabra, y yo..... yo..... ¡perdonadme! ¡Yo la recojo y quedais dueña de vuestro albedrío!... ¡Africana, soy vuestro esposo, hé aquí mi mano! ¡Vos, Deseada, llevaos mi corazon! ¡Vivid dichosa en vuestro país natal, y enviad vuestros suspiros al África, donde voy á sepultar mi triste juventud!

(*Bribon aparece con dos amazonas.*)

BRIBON. Todo está preparado.

AFRICANA. Libres sean la Princesa Deseada, el Rey Campanudo y el senescal Petruchi. Tráteseles conforme á su rango.

(*Bribon se inclina y hace seña á una amazona que se va.*)

(*Bajo á Bribon.*) Bribon, tengo su mano; pero ella

tiene su corazon. Miéntras viva esa mujer no puedo ser dichosa.

BRIBON. Lo serás.

AFRICANA. ¿Has adivinado?... Que muera, pero que nunca lleguen á sospechar quién la ha dado la muerte.

BRIBON. Serás dichosa.

AFRICANA. Príncipe, os aguardo.

PRÍNCIPE. Vamos, señora. ¡Ay de mí! Deseada, único amor de mi vida, ¡adios!...

PRINCESA. ¡Príncipe! ¡Adios para siempre!...

(*Bribon separa á Deseada y al Príncipe. Éste ofrece la mano á la Africana y sale con ella.*)

ESCENA VII.

LA PRINCESA. AZUCENA. GALINDO; *luégo el* REY. PETRUCHI.

AZUCENA. ¿Y bien, señora mia?

PRINCESA. ¡Todo está perdido!

GALINDO. ¿Cómo?... ¿Y el Príncipe?

PRINCESA. Se casa con la Africana.

AZUCENA. ¡Se casa con ella!

GALINDO. ¡Imposible!...

PRINCESA. Por salvarle del furor de esa mujer me he sacrificado, y este mismo pensamiento, sin duda, le ha hecho á él aceptar mi sacrificio.

GALINDO. ¡Pobre amo mio!.....

REY. (*Saliendo.*) ¡Ven, Petruchi; ven mi senescal, mi chambelan!...

PETRUCHI. Ya os sigo, señor; llevo vuestra cola.

AZUCENA. ¡Qué cambio!...

REY. ¡Estoy loco de contento, hija mia! ¡Ya somos libres! Estaba yo muy cabizbajo delante del fo-

gon de la cocina pensando en lo cargante que es hacer la comida para que se la coman los demas, cuando siento que me andan en las espaldas. Vuelvo la cabeza y me encuentro con dos pajes que me estaban poniendo el manto real. Pregunto admirado, y una amazona que venía detras, muy linda por cierto, me dice que ya no estamos prisioneros; que podemos salir y dar gracias á la generosa Africana.

AZUCENA. ¡Sí, muy generosa! Nos da la libertad, pero se casa con vuestro yerno.

REY. ¿Se casa con mi yerno?

PRINCESA. ¡Sí, padre mio!

GALINDO. ¡La comitiva se acerca, va á empezar la ceremonia!

(*El Rey, Petruchi y Galindo salen al encuentro de la comitiva.*)

PRINCESA. ¡Oh! ¡Yo no puedo presenciar esa union!... ¡Huyamos, Azucena! ¡Y, sin embargo, quisiera verle por la última vez!....

AZUCENA. Venid; desde este sitio, oculta á las miradas de todos, podréis observarlo. ¡Valor, señora mia, valor!

PRINCESA. ¡Dios mio, dadme fuerzas!

(*Azucena conduce á la Princesa al trono que ocupó la Africana durante la fiesta, y corre las cortinas para ocultarla.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL PRÍNCIPE. LA AFRICANA. BRIBON, *luégo la* NINFA A.

(*Bayaderas bailando.—Dos sacerdotes las siguen y colocan en medio del teatro un ara, sobre la cual brilla una llama.—Cuatro ancianos con barba blanca se colocan detras del ara.—Esclavas, esclavos y amazonas.—El Príncipe da la mano á la Africana.*)

GALINDO. ¡Señor! ¡Habeis consentido!...

PRÍNCIPE. Por librarla de la muerte; pero áun hallaré medio de vengarme.

BRIBON. ¡Empiece la ceremonia!

AFRICANA. (¡Yo triunfo!) ¿Has entendido, Bribon? ¡Es preciso que muera!

(*En el momento que la Africana se dirige al ara con el Príncipe, se oye un trueno espantoso y un ruido subterráneo. El teatro queda á oscuras. El ara se rompe y aparece la Ninfa A. Música misteriosa.*)

NINFA. ¡Detente, Africana! Hasta ahora una Ninfa poderosa te ha prestado su apoyo, pero acabas de meditar un crímen, y la Reina de los genios te abandona á mi justicia. Baja á mis estados, donde quedarás prisionera miéntras duren las crueles pruebas de mis protegidos.

AFRICANA. ¡Venganza!

BRIBON. ¡Maldicion!

(*Se hunden los dos entre llamas.*)

PRÍNCIPE. ¡Ah! ¡Os debo la vida!

REY. ¡Partamos! ¡Abandonemos este palacio dia-

bólico! ¡Venid, yerno mio! ¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija?

(*Dan las seis.*)

AZUCENA. ¡Allí está! (*Descorre las cortinas. En vez de la Princesa se ve la cierva echada en el divan.*) ¡Cielos!....

PRÍNCIPE. ¡Oh desdicha!

REY. ¡Las seis! ¡La metamórfosis!

NINFA. ¡Ah! ¡La Ninfa de la fuente es implacable!.... ¡Escuchad! Léjos de aquí hay un mundo desconocido; el reino de las plantas. En él encontraréis la hierba prodigiosa.

TODOS. ¡La hierba prodigiosa!...

NINFA. Con ella recobrará la princesa Deseada su primitiva forma para no volverla á perder.

PRÍNCIPE. ¿Y dónde está ese reino?

NINFA. ¡Tu talisman te guiará!

PRÍNCIPE. ¡Galindo! ¡Partamos en seguida!

GALINDO. ¡Otro viajecito! ¡Paciencia!

PRÍNCIPE. ¡Velad! ¡Velad sobre ella, y mi amor triunfará!

(*El Príncipe abraza á la cierva que estará todavía tendida en el divan. La Ninfa extiende su vara sobre los dos amantes en señal de proteccion. Todos se inclinan.*)

(CAE EL TELON.)

ACTO CUARTO.

CUADRO XII.

El reino de las plantas.

El teatro representa un inmenso huerto lleno de frutas y legumbres de dimensiones colosales. En medio hay un enorme melon. Acá y allá sandías, calabazas, pepinos, coles, etc., etc.

ESCENA ÚNICA.

El Príncipe. Galindo.

Al levantarse el telon algunas legumbres huyen espantadas viendo al Príncipe y su escudero.

Príncipe. Vamos, Galindo, ¡ valor ! Suframos con paciencia, mi buen amigo, y al fin encontrarémos esa preciosa hierba objeto de mis ánsias.

Galindo. No me falta el valor, querido Príncipe, pero hace un calor insoportable en el reino vegetal. (*Cuelga el sombrero en un hongo.*) ¡ Digo, digo ! ¡ Qué de frutas y de legumbres ! ¡ Y qué desarrolladas están !....

Príncipe. Pues mira ese melon, Galindo; ¡ qué majestuoso aspecto !....

Galindo. ¡ Efectivamente ! ¡ Ay qué sed tengo ! ¡De buena gana me comeria una tajadita !....

UNA VOZ. ¡No lo intentes, jóven extranjero!

(*La voz sale del interior del melon.*)

PRÍNCIPE. ¿Oyes?

GALINDO. Este melon está habitado.

PRÍNCIPE. Tanto mejor: esta soberbia fruta podrá decirnos donde se halla la hierba prodigiosa. Acércate, Galindo, y pregunta.

GALINDO. Veamos si contesta. ¿Y con qué se llama aquí? No veo ni campanilla, ni timbre eléctrico, ni aldabon.....

PRÍNCIPE. Llama con la mano.

GALINDO. Decís bien; ¿á qué andarse con ceremonias? Caballero, señora ó lo que seais: ¡abrid si no os molesta!

(*Cae una tajada del melon y deja ver en el interior un personaje vestido de pepitas.*)

MELON. ¿Qué busca en el reino vegetal el reino animal?

GALINDO. ¡Ya nos ha llamado animales éste!....

PRÍNCIPE. Perdonad si turbamos vuestro reposo.

MELON. ¿Mi reposo? ¡Ay! ¡Ojalá! ¡Ojalá! ¡Ojalá!

(*Sale del melon dando tres suspiros.*)

GALINDO. ¡Ave-María! ¡Pues no sale poco triste el bueno del hombre!

PRÍNCIPE. ¿No sois por ventura uno de los habitantes más poderosos de este imperio?

MELON. ¡Ay de mí! Soy el jefe del Estado.

GALINDO. (Entónces ya sé lo que tiene.)

PRÍNCIPE. Y siendo así, ¿por qué suspirais?

MELON. ¿Por qué? ¿Por qué.....? ¿No estoy al frente del más desgraciado de los reinos? El mineral tiene en el seno de la tierra poderosas minas de oro y plata, y hace un papel brillante. Los animales go-

biernan y dominan; ¡pero el vegetal sufre, el vegetal calla, el vegetal vegeta!..... Hé aquí la causa de mi melancolía.

PRÍNCIPE. Y sin embargo, aquí todo respira salud, abundancia, tranquilidad.....

MELON. ¡Tranquilidad..... tranquilidad! ¡Dice que hay aquí tranquilidad!..... ¡Qué mal conoceis el pueblo que gobierno!

GALINDO. Pues qué, ¿vuestros vasallos no maduran en paz?

MELON. ¿Vosotros creiais que un pueblo que funciona debajo de tierra se rige fácilmente? Pues nada, con las criadillas de tierra no puede haber paz ni sosiego.

GALINDO. Lo creo. Criadillas de poco más ó ménos..... ¡Si las criadas son siempre enemigos pagados.....!

MELON. ¡Y si fueran ellas solas!..... En fin, juzgad vosotros mismos. Hace tres otoños que las habas me eligieron jefe del Estado. Habia puesto al frente del ministerio un calabacin muy distinguido, amigo íntimo. Pues bien, los tomates intrigaron tanto que me hicieron salir los *colores* á la cara. Los pimientos, con sus bromas *picantes* y sus chafalditas, me tenian *abrasado*. Los pepinos, como siempre: gente *indigesta* y fastidiosa. Pero, ¿y las lechugas? ¡Oh desengaño! Las lechugas, que habian sido mis amigas en otro tiempo, entónces..... nada..... *¡tan frescas!*.....

PRÍNCIPE. ¡Oh, la ingratitud es horrible!

MELON. Aun hay más. Aquí donde me veis, he protegido constantemente á los nabos gallegos, porque al fin y al cabo tienen *mucha fuerza*, y porque son los pobres que hay en mi reino. Pues bien, las habas y las habichuelas reprueban altamente esa proteccion. Es un *run run* contínuo.....

GALINDO. ¿Meten ruido, verdad?

MELON. ¡Oh, son las más turbulentas de todas, y tan indiscretas!..... Han formado alianza con los rábanos; pero éstos no me dan cuidado, porque el mejor dia *los tomo por las hojas* y los echo de aquí. Las únicas que se portan bien son las patatas. Son conservadoras y muy modestas; por eso las quiere todo el mundo.

GALINDO. ¿Y qué me decís de las frutas?

MELON. ¿Las frutas? ¡Miserables! Se han dividido en dos bandos..... Las que tienen hueso son mis mortales enemigas. ¡Me hacen cada *disparo*!.....

GALINDO. Pues yo que vos, no las dejaba *hueso sano* en el cuerpo.

MELON. Una vez quise defenderme con las plantas.

GALINDO. Ya, con las plantas de los piés; es decir, á patadas.....

MELON. No, con las plantas de la tierra. Hice llamar á las adormideras y no quisieron venir. ¡Siempre tan *perezosas*, tan abatidas!.....

GALINDO. Es natural.

MELON. En fin, viendo que el reino entero se me sublevaba, tomé una resolucion enérgica, y hoy me veo á cubierto de todo peligro.

GALINDO. ¿Pues qué habeis hecho?

MELON. Espero á mis enemigos con un ejército de guisantes. ¡Ochocientos mil guisantes flamencos! He pedido á la Holanda cien mil patatas. Diez regimientos de habas llegan de las Lagunas Pontinas, y seis compañías de coles bretonas. A retaguardia irán todas las frutas sin hueso. Sandías, peras, manzanas, ¡qué se yo! Ya lo veis; puedo hacerles frente; tengo abundante cosecha de soldados. Sólo me faltan las brevas. ¡Ay! las brevas han desaparecido de mi reino sin saber por qué.....!

GALINDO. ¡Vaya, pues es muy sencillo! como son

tan melosas y tan cortesanas, se han ido por esos mundos de Dios, y no espereis que vuelvan. El que pilla *una breva* no la suelta ni á tiros.

PRÍNCIPE. Oidme, Príncipe vegetal. Una Ninfa que me protege me envia á vuestro imperio para obtener de vos unas cuantas hojas de una hierba llamada prodigiosa.

MELON. La conozco. Es una hierba que da valor á los cobardes; generosidad á los ricos; esperanza á los pobres, y talento á los tontos. Es hierba muy buscada en estos tiempos.

PRÍNCIPE. Tiene la virtud de disipar los encantamentos.

MELON. Así es la verdad.

PRÍNCIPE. Yo tengo un rico talisman; pero su magia no alcanza á tanto. ¡Oh! dadme esa hierba maravillosa y os deberé más que la vida.

MELON. Un momento. ¿Has dicho que tienes un talisman?

PRÍNCIPE. Sí; cuyo poder acatan todos los seres del globo.

MELON. Entónces, su ciencia mágica obraria en mi pueblo.....

PRÍNCIPE. ¿Y bien, Príncipe?

MELON. Escucha, jóven. Consiento en entregarte la hierba prodigiosa, si en cambio me regalas tu talisman.

PRÍNCIPE. ¿Mi talisman?

GALINDO. (¡Bravo, no es tan melon como parece!)

MELON. ¿Aceptas?

PRÍNCIPE. ¡Áh, no vacilo! que la Princesa recobre para siempre su forma de mujer, y nada tendré que desear. (*Quitándose el anillo.*) Tomad; hélo aquí. ¿Dónde está la hierba?

MELON. Espera. Alcachofa. (*Llamando.*)

(*La alcachofa se abre y deja ver una figura.*)

Es mi ministro de la Gobernacion.

ALCACHOFA. ¿Señor?

MELON. ¿Dónde está la hierba encantada?

ALCACHOFA. Entre las remolachas y los apios: en la punta sud-sudoeste de la isla.

(*Se vuelve á cerrar.*)

PRÍNCIPE. Vamos, pues.

MELON. Un momento. Déjame que me asegure del poder de tu talisman. ¿Obedecerá á mi voz?

PRÍNCIPE. No lo dudes.

MELON. Pues bien; quiero que todas las plantas y frutas de mi reino se postren ante mí. (*Dice esto en voz alta.*)

(*Multitud de vegetales llenan el teatro y van á arrodillarse á los piés de Melon. Empieza la orquesta.*)

GALINDO. ¡Uf! ¡qué confusion.....!

PRÍNCIPE. ¿Lo ves?

MELON. ¡Oh dicha! ya puedo gobernar sin temor. ¡Vén, jóven extranjero, vamos á buscar la hierba prodigiosa.....!

(*Melon, el Príncipe y Galindo se alejan. Gran baile de legumbres y frutas de todas clases. Cambia la decoracion.*)

CUADRO XIII.

El Lago de las Sirenas.

El teatro representa un lago iluminado por la luna y rodeado de árboles frondosos.

ESCENA ÚNICA.

La NINFA A *y la* NINFA DE LA FUENTE. *Sale cada una en su carro y por distintos lados.*

NINFA F. Y bien, hermana mia, ¿pensais triunfar?

NINFA A. Así lo espero. La Reina de los Genios quiere poner término á las maldades de vuestra Africana.

NINFA F. ¡Locura! Aunque el Príncipe Ricardo obtenga la hierba prodigiosa, yo puedo inutilizar su virtud.

NINFA A. ¿Vos? ¿y cómo?

NINFA F. De una manera muy sencilla: alejando al Príncipe de vuestra protegida. La hierba encantada le ha costado su talisman, su precioso anillo; y si hasta hoy ha superado cuantos obstáculos le ha opuesto, todavía me queda un arma poderosa.

NINFA A. ¡Será un arma digna de vos!

NINFA F. No siéndome posible amenguar su valor, excitaré sus pasiones.

NINFA A. Resistirá vuestros ataques. Respondo de su amor.

NINFA F. ¡El amor de los hombres es cosa muy frágil!

NINFA A. ¿Y si sale triunfante de esa nueva prueba?

NINFA F. Entónces me confesaré vencida.

NINFA A. No lo dudeis, hermana: las desdichas de ese noble Príncipe tocan á su término.

NINFA F. Al contrario, ahora está más en peligro que nunca. Voy á esperarle en la isla de los Placeres, donde residen todas las pasiones humanas.

NINFA A. ¿La isla de los Placeres? ¿Y quién le conducirá?

NINFA F. Las sirenas de este lago que obedecen mi voz. (*Extiende su vara sobre el lago.*) ¡Adios, pues, invencible rival!

NINFA A. ¿Dónde vais?

NINFA F. ¡Ja, ja, ja! ¡á pederle!

NINFA A. ¡Oh! ¡y yo á salvarle!

(*Se van. Las sirenas aparecen dentro de una concha en las aguas del lago. Baile. Cruza una góndola conducida por sirenas, en la que van el Príncipe y Galindo.*)

CUADRO XIV.

La Isla de los placeres.

Una isla voluptuosa. Flores, árboles cubiertos de frutos; una ria en el fondo, por la que cruzan sin cesar multitud de góndolas de toda clase. Aquí y allá tiendas al estilo oriental, con diferentes rótulos. En una se lee «Comercio de apetito», en otra «Despacho de sueño.»

ESCENA PRIMERA.

Habitantes, mercaderes, luégo el PRÍNCIPE, GALINDO, *la* NINFA A *y la* NINFA DE LA FUENTE. *Gran baile. Concluido éste, el* PRÍNCIPE *y* GALINDO *salen admirados.* LA NINFA DE LA FUENTE *les sale al encuentro con una cuadrilla de muchachas. Otras jóvenes se dirigen á* GALINDO.

NINFA F. Sed bien venidos á la Isla de los Placeres, arrogantes mancebos.

PRÍNCIPE. ¡La Isla de los Placeres!... ¡Debia haberlo adivinado!... ¡Esa góndola que nos ha traido aquí desde las orillas del lago!... Estos ricos vestidos que nos han obligado á aceptar!...

GALINDO. ¿Sabeis, Príncipe, que estas muchachas son encantadoras?

PRÍNCIPE. ¡Demasiado, Galindo!

NINFA F. Ojalá nuestras gracias puedan detenerte mucho tiempo entre nosotras. En este delicioso lugar encontraréis un placer á cada paso, y el placer es la vida.

PRÍNCIPE. ¡Oh qué gracia tan seductora, sus ojos me fascinan!... Mas ¿qué digo? Irémos á caer en algun lazo...

NINFA F. ¿Qué tienes? ¡Tu rostro toma un aspecto sombrío!... ¿Necesitas tal vez un poco de alegría?

GALINDO. (*A las jovenes.*) Hermosas, llevadme donde se venda la alegría. Quiero ver lo que es eso.

UNA JÓVEN. Vén con nosotras.

PRÍNCIPE. (*A la Ninfa.*) ¡Apartad!... ¡La alegría es hija de la indiferencia y del olvido, yo no quiero olvidar!... ¡Apartad!...

NINFA F. (*Con cariño.*) ¡No te enojes: mira, aquí nadie se enfada!...

PRÍNCIPE. ¡Niña, por favor, déjame, déjame te digo!...

NINFA F. ¡Adios, pues, rabiosillo! Hasta la vista. Voy á enviarte enemigos muy difíciles de vencer. ¡Oh ya eres mio! (*Vase con las jóvenes.*)

GALINDO. ¡Ja, ja, ja, ja!...

PRÍNCIPE. ¿Qué es eso?

GALINDO. Es una carcajada que acabo de comprar encerrada en esta cajita. (*Aspirando lo que contiene la caja.*) ¡Qué chistosa invencion!...

(*La Ninfa A, vestida como las jóvenes de la Isla, se acer-*

ca al Príncipe, y ofreciéndole un ramillete, le dice con viveza estas palabras.)

NINFA A. Toma este ramillete; lee, y te salvarás.
PRÍNCIPE. ¿Qué significa?...
NINFA A. ¡Silencio!... (*Se aleja.*)

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE. GALINDO.

PRÍNCIPE. Toma, lee, y te salvarás. ¡Este ramillete es un enigma!...

GALINDO. ¿Un enigma? ¿Pues, qué no conoceis el lenguaje de las flores? Leed el ramillete.

PRÍNCIPE. (*Examinando el ramillete.*) *¡Verbena*, encanto, magia!... *¡Jazmin*, separacion!... ¡Esta violeta blanca, emblema del candor!... ¡Sí, es la Princesa de quien pretenden separarme!... ¡Y esta albahaca... esta albahaca que se encuentra en todas partes, es el ódio que me persigue!...

GALINDO. ¿Qué significa?

PRÍNCIPE. Lo que significa es que hemos caido en un lazo terrible, Galindo, y que lo que importa es salir de esta isla lo más pronto posible.

GALINDO. ¡Dejar tan pronto esta mansion, esta Isla encantadora donde uno puede comprar á su gusto sueño, ilusiones, apetito!...

PRÍNCIPE. ¿Te atreves á hablarme de placeres cuando sabes que mi amor me espera? ¿Qué tengo en mi mano su salvacion? Quédate si quieres; yo me voy.

GALINDO. ¿Abandonaros vuestro fiel escudero? Eso nunca.

PRÍNCIPE. Partamos, pues.

ESCENA III.

DICHOS.—LA VOLUPTUOSIDAD. EL JUEGO.

JUEGO. Deteneos: ¿adónde vais así?

PRÍNCIPE. ¡Oh, muy léjos de estos sitios!

VOLUPTUOSIDAD. Un momento no más.

PRÍNCIPE. ¡Perdonad, bellas jóvenes; nos aguardan!...

JUEGO. No es tan fácil como creeis dejar este país.

PRÍNCIPE. ¿Qué quereis decir?

JUEGO. Que una vez dentro de esta Isla, amigo mio, es preciso pagar su tributo á los placeres de este mundo. Á ese precio sólo se puede salir.

PRÍNCIPE. ¿Quién sois que me hablais con ese tono?

JUEGO. El Juego.

VOLUPTUOSIDAD. La Voluptuosidad.

PRÍNCIPE. Galindo, vámonos.

VOLUPTUOSIDAD. ¿Os causo miedo quizá?

PRÍNCIPE. ¡No... al contrario... teneis la mano blanca y torneada... el mirar cariñoso... los labios embriagadores! ¡Ah, por eso necesito alejarme!...

VOLUPTUOSIDAD. ¡No... todavía no!... (*Fascinándole.*)

JUEGO (*A Galindo*). Tú tampoco te irás así. Óyeme.

GALINDO. Vamos, ¿qué quereis?

JUEGO. ¿Has soñado alguna vez con las riquezas?

GALINDO. ¡Muchas! y particularmente hoy que nadie tiene una peseta...

JUEGO. Si tuvieras mucho oro no necesitarias al Príncipe. Mira, quiero enseñarte á jugar: á tirar los dados; á ganar siempre.

GALINDO. ¿A ganar siempre?

JUEGO. Conmigo experimentarás fuertes emociones.

GALINDO. ¡Yo lo creo! incluso la de ir á la cárcel desde la casa de juego.

JUEGO. ¡Calla, tonto! Quiero enseñarte á tirar los dados, repito. Si no tienes dinero, toma, juega con éste. (*Le presenta una bolsa.*)

GALINDO. ¡Cuanto oro!... (*Aturdido.*) Probemos á jugar. (*Se ponen á jugar.*)

PRÍNCIPE. Pero ¡qué hermosa eres... te tengo en mis brazos y no me canso de contemplarte!...

VOLUPTUOSIDAD. ¿Me amas?

PRÍNCIPE. No lo sé, siento en mí deseos de adorarte y miedo de poseerte. Como no te conozco, como nunca te he visto, no es amor profundo lo que me agita, es más bien fascinacion... desvanecimiento de ideas... vaguedad en el alma... no sé... no puedo explicártelo...

VOLUPTUOSIDAD. ¿Pero no es verdad que esta dicha era por tí muy deseada?

PRÍNCIPE. Muy deseada... sí... muy deseada... ¡Oh! ¿qué has dicho? *¡Deseada!...* ¡Dios mio... la Princesa, mi amor!... ¡Aparta; huye; déjame, que me asesinas!...

VOLUPTUOSIDAD. ¿Por qué?

JUEGO. (*A Galindo.*) ¡Ah, perdido!... ¡has perdido, dame mi bolsa!...

GALINDO. ¿Pues no me dijiste que ganaria siempre?

JUEGO. Este es el aprendizaje.

GALINDO. ¡Bah, bah, bah; trampa y trampa, y encerrona y encerrona! Vámonos de aquí, señor, vámonos. (*Al Príncipe.*)

PRÍNCIPE. Sí, Galindo, partamos.

VOLUPTUOSIDAD Y JUEGO. ¡Deteneos!

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto? ¡no puedo moverme!...

GALINDO. ¡Estoy clavado; tengo tornillos en las plantas de los piés!...

VOLUPTUOSIDAD. Tenemos derecho á vuestra juventud.

JUEGO. Y es preciso que nos pagueis el tributo correspondiente. Amadnos algunos años y despues quedais libres.

PRÍNCIPE. Pues, bien; toma de mi vida el tiempo que quieras; pero déjame partir.

VOLUPTUOSIDAD. Queremos para cada una...

JUEGO. Seis años de vuestra existencia.

GALINDO. ¿Seis años de cada uno para cada una?

PRÍNCIPE. ¡Oh, si este es el medio de quedar libre no vacilo! ¡Ella me está esperando... sí, sí... sean seis años!

GALINDO. Sean seis años.

(*Golpe de Tam Tam. El Juego y la Voluptuosidad se alejan riendo.*)

VOLUPTUOSIDAD. ¡Sucumbieron: ja, ja, ja!

JUEGO. ¡Sucumbieron: ja, ja, ja!

ESCENA IV.

PRÍNCIPE. GALINDO.

PRÍNCIPE. ¿Ves, Galindo, el lazo que te decia?

GALINDO. Ciertamente, Príncipe.

PRÍNCIPE. No pensemos más que en huir de aquí. La góndola que nos ha conducido á este sitio fatal ¿dónde está?

GALINDO. Allá abajo la distingo.

PRÍNCIPE. Corre, pues, á buscarla. (*Vase Galindo.*)

ESCENA V.

El Príncipe.—*Luégo* La Ambicion. La Gota.

Príncipe. ¡Ah, perdon, Deseada, perdon!... ¡Ya soy libre; al fin te volveré á ver!...

Ambicion. Aun no. Acabas de pagar tu tributo á mis hermanas; ahora te toca el mio.

Príncipe. ¿Quién sois?

Ambicion. La Ambicion, y nadie se libra de mí. Es preciso que me adores; que seas mi esclavo, ó que pagues.

Príncipe. ¿Pagar? ¿Con qué?

Ambicion. Con algunos años de tu vida.

Príncipe. Imposible; he dado ya seis á la Voluptuosidad, otros seis al Juego: con los que yo tenía me encuentro ya cerca de los cuarenta...

Ambicion. Justamente. Acabas de cumplir la edad en que todo hombre se hace esclavo mio.

Príncipe. ¡Ay de mí, es verdad!...

Ambicion. Eres príncipe; no basta. Es preciso ser rey; rey de esta isla primero. Luégo podrás extender tus conquistas y gobernar el mundo.

Príncipe. ¿El mundo?

Ambicion. Para conseguir cuanto ambiciones hé aquí la receta: adula á todos, y no ames más que á tí mismo.

Príncipe. ¿Y qué se gana con eso?

Ambicion. ¿Qué se gana? Coronas, rios de oro, palacios de mármol, carros triunfales y turbas de adoradores. ¿No es un porvenir lisonjero?

Príncipe. Sí, pero entre todas esas delicias, no veo á la mujer que amo.

Ambicion. ¡Amor!... para encumbrarse es preciso renunciar á él.

PRÍNCIPE. ¡Jamas! ántes renuncio á la vida. Ea, dejadme salir y os daré el precio que exijais.

AMBICION. Pues, bien; quiero veinte años de tu vida.

PRÍNCIPE. ¡Veinte años....!

AMBICION. Si vacilas será doble.

PRÍNCIPE. ¡Dios mio! ¡Tomadlos! ¡Tomadlos pronto y dejadme....!

AMBICION. ¡Ja, ja, ja! ¡Serías el primero que no me pagára su tributo! (*Vase riendo.*)

PRÍNCIPE. ¡Oh, desesperacion!....

(*Golpe de Tam Tam. El vestido del Príncipe desaparece. Éste se encorva, y su cabello y su barba se vuelven blancos.*)

¿Qué es lo que me pasa? ¡Mis piernas flaquean....! ¡mi vista se oscurece!.... ¡mi cuerpo se dobla!.... ¡me tiembla la mano!.... ¡Ah, qué espantosa realidad!.... ¡no hay duda, ya soy viejo!

(*La Gota se habrá ido acercando poco á poco. Le pone la mano en la espalda, y él da un grito.*)

PRÍNCIPE. ¡Ay!! ¿Qué quereis, anciana? ¿Quién sois?

GOTA. Tu compañera desde ahora. Voy siempre á retaguardia de tus placeres. Soy la Gota. (*Le toma una mano.*)

PRÍNCIPE. ¡La Gota! ¡Cielos! ¡Soltadme! ¡Me haceis un daño horrible!

GOTA. ¿Cómo? ¿Rehusas mis caricias?

PRÍNCIPE. ¿Tus caricias? ¡Tienes agujas candentes en las puntas de los dedos!

GOTA. ¿Quieres que cambie de sitio? ¿que te ataque al estómago?

PRÍNCIPE. ¡Furia infernal! Aléjate de mí.

GOTA. ¡Gritos, Injurias! Ya estoy acostumbrada á ello. Grita, amigo mio; eso te aliviará.

PRÍNCIPE. Yo sabré huir de tí.

GOTA. Y yo impedírtelo.

(*El Príncipe quiere irse. La Gota le toca en las piernas con su muleta.*)

PRÍNCIPE. ¡Ay, no puedo andar, yo me muero!....

GOTA. Esto no son más que carantoñas.

PRÍNCIPE. ¡Bruja maldita! Toma de mi vida lo que quieras, y no me atormentes.

GOTA. Bien; no quiero ser exigente: me darás tres años para mí y siete para los médicos; total, diez años.

PRÍNCIPE. ¿Cómo? ¿os interesais por vuestros más encarnizados enemigos?

GOTA. ¿Enemigos? ¡Qué disparate! La enfermedad alimenta al médico. El médico alimenta á la enfermedad. Son consideraciones que nos debemos.

PRÍNCIPE. ¡Esto es una infamia! ¡Vété! ¡Nada te doy!

GOTA. Entónces dame el brazo, que ya no te suelto.

PRÍNCIPE. ¡No, no! ¡No me toqueis más! ¡No os acerqueis más, horrible víbora! ¡Tomad vuestros diez años y marchaos!

GOTA. La muerte será la única que pueda librarte de mis garras.

(*Golpe de Tam Tam. Vase la Gota.*)

ESCENA VI.

PRÍNCIPE.—GALINDO.

PRÍNCIPE. ¡Huyamos cuanto ántes!.... ¡Huir!.... ¿Podré por ventura? ¡Las fuerzas me faltan!.... ¡La energía me abandona!

GALINDO. Aquí dejé al Príncipe..... ¿Dónde está? Perdonad, buen viejo. ¿Habeis visto por aquí á mi amo? ¿Un hombre jóven, que hace un momento paseaba por aquí?

PRÍNCIPE. (¡No me reconoce!)

GALINDO. (¿Será mudo este viejo?) ¿Habeis visto..... ¡es original!....

PRÍNCIPE. ¡Galindo! ¿Tan demudado estoy?

GALINDO. ¡Dios mio! ¿Sería él?.... ¡Sí! ¡Vos, querido Príncipe, con el cabello blanco!....

PRÍNCIPE. ¡Triste de mí! ¡He vivido veinticinco años desde que te fuiste!

GALINDO. ¿Veinticinco años en un cuarto de hora?.... ¡Qué vida tan disipada!

PRÍNCIPE. ¡Para mí todo se acabó! No debo volverla á ver!.... ¡Debo ocultarle el espectáculo de estas sienes, que no pueden inspirar amor!.... ¡Galindo, escudero fiel, partirás solo! ¡Llévate esta hierba que tan cara me cuesta!

GALINDO. ¿Abandonaros? ¡No!

PRÍNCIPE. ¡Es preciso! ¡nada para mí!.... ¡todo para ella!.... ¡Ah, si yo pudiera verla en sueños una sola vez! ¡Verla y despues morir!....

GALINDO. ¿En sueños?.... Justamente aquí los venden: esperad. (¡Pobre viejecito! ¡Procurémosle este placer!) (*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¡Adios, patria! ¡Adios, felicidad! ¡Os dejo para siempre! ¡Me miro en el umbral de la sepultura!.... ¡Ese es el palacio que me aguarda, sí!....

¡Que en esta humana mansion
El bien grande es bien pequeño,
Porque, al fin, la vida es sueño,
Como dijo Calderon!....

GALINDO. Tomad, Príncipe, bebed. Quiero acompañaros en vuestro sueño. (*Le sirve una copa, y él bebe otra.*)

PRÍNCIPE. ¡Ah, un sueño benéfico se apodera de todo mi sér!.... (*Se echa.*) ¡Princesa mia! ¡Deseada! ¡Yo te amo!....

GALINDO. (*Echándose.*) ¡Azucena! ¡Vén á dulcificar mi sueño!....

PRÍNCIPE. ¡Deseada!....

GALINDO. ¡Azucena!....

(*Se duermen. Quedan envueltos en unas nubes, entre las cuales se ve la cierva y el Príncipe, que le pacienta la hierba encantada. La Ninfa de los Sueños completa este grupo.*)

CUADRO XV.

El Reino de las ninfas.

El teatro representa un palacio aéreo de oro y pedrería. La Ninfa A y la de la Fuente conducen á la Princesa y Azucena donde están sus amantes, que despiertan asombrados. El Príncipe, jóven y ricamente vestido.

ESCENA ÚNICA.

DICHOS.—LA NINFA A.

GALINDO. ¡Azucena! ¡es ella!....

PRÍNCIPE. ¡Ah! ¡Si estoy dormido, que no despierte jamas!....

NINFA A. Príncipe, la Reina de los Genios convierte tu sueño en realidad. Sé feliz en recompensa de tanto amor.

(*La Reina de los Genios, en medio de las ninfas de su imperio. Magnífico cortejo de genios y ninfas de todas clases. Gran baile final.*)

FIN.

GALERIA DRAMATICA

CENTRO DE ADMINISTRACION

MADRID.